



Desandar un magunge infinito

Relatos sobre las experiencias urbanas de algunos atletas físico-motrizmente dis/capacitados en Bogotá

NICOLÁS TORRES RODRÍGUEZ

DESANDAR UN MAGUNGE INFINITO

**relatos sobre las experiencias urbanas de algunos atletas
físico-motrizmente dis/capacitados en bogotá**

NICOLÁS TORRES RODRÍGUEZ



Monografía de investigación presentada como requisito para optar
al título de Sociólogo

Director. Óscar Iván Salazar Arenas PhD.

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Sociología
Bogotá, Colombia
2017

*A mi abuela, a mamá y a mi familia por entero, a
quienes debo todo cuanto soy.*

Al río.

*Y a todos los barquitos que me han enseñado a
Amar la vida navegándolo conmigo y junto a mí.*

agradecimientos

Si yo emprendiese la tarea de enlistar a todos cuantos merecen mi gratitud por cuenta de esta tesis y del enorme trabajo que ella ha implicado, no creo que pudiese terminar nunca. Los nombres son demasiados como para caber en este papel. Sin embargo, sí me resulta impostergable prodigar aquí unos amplísimos agradecimientos a aquellos con quienes me siento en mayor deuda:

A los gigantes de aquí y de allá, sobre cuyos hombros he puesto mis pies al escribir cada palabra. Y a los incontables amigos, compañeros, mentores y personas de tantos sitios que aportaron, comentaron, criticaron, elogiaron y discutieron conmigo de mil y una maneras este proyecto, desde sus inicios hasta hoy.

A Alexis de Greiff y Óscar Salazar, mis tutores y maestros, por esa inacabable paciencia con la que acompañaron todas las etapas de este proyecto que, como todo en la vida, sigue estando en calistenia; igualmente por su entusiasmado interés en el tema de la dis/capacidad y por la valiosísima perspectiva —tan llena de lustre y de audacia— que me brindaron siempre.

A Sara Márquez y Steven Navarrete, un par de profesores excepcionales, por la pertinaz, constante y mayúscula confianza que han depositado en mí a lo largo de tantas horas y, días. Y por alentar sin descanso este obsesivo ánimo mío de hacer una sociología distinta, auténtica y propia.

De manera muy pero muy especial a los incondicionales Ricardo Soler y Felipe Avilés: por su grata y hermosa compañía; por su firme pero siempre cariñosa disposición para darle infinitas vueltas a mis hipótesis; por sus enriquecedoras y precisas observaciones que hicieron crecer esta tesis por todos lados. Y por el gigante amor con el que me ayudaron a articular y construir —despacito pero con muchas ganas— cada una de mis ideas.

A Henry Knudson, coordinador diligente y atentísimo de la unidad de Deporte Paralímpico del Instituto Distrital de Recreación y Deporte. Así como a Kelvin Ávila, Natalia Marrugo y Darly Casas —entrenadores paralímpicos— y a todos los deportistas de las Ligas Distritales de rugby en silla de ruedas, boccia y natación paralímpica, por el cálido abrazo con el que recibieron cada una de mis insistencias; por la tremenda solidaridad que mostraron ante mi propuesta y por la inconmensurable y desprendida colaboración que se sirvieron de ofrecerme en todo tiempo y lugar.

Y por supuesto a Sebastián Manrique, Paula Lara, Alejandra Carrillo, Felipe Rivera, Moisés Alonso, Manuel Mongua, Uriel Rodríguez y los demás atletas que me prestaron sus confianzas para este proyecto, por su inmensa e impagable generosidad para conmigo; por el sagrado regalo de su amistad; y, sobre todo, por tener tanta fe en la fuerza de esta Palabra que me ha sido dada para contarlos con justicia y para rendirle respeto a sus tan maravillosas historias.

Espero que mi trabajo pueda corresponder, siquiera un poco, a eso que cada uno —de quienes mencioné y de quienes no, pues esta empresa fue y sigue siendo hecha a mil manos— le ha dado a este proyecto... que es de ellos y para ellos.

Agradecido, siempre.

resumen

En esta monografía emprendo el esfuerzo de analizar críticamente la experiencia que tienen tres atletas físico-motrizmente dis/capacitados de algunos escenarios urbanos de la ciudad de Bogotá, con el ánimo de describir y comprender, a través de ellas, los ensamblajes que inciden en la coproducción y reproducción de las relaciones de capacitamiento y discapacitamiento que cada uno de ellos vive a diario.

Con esa intención en mente, a lo largo de este texto construyo tres ejes estructurantes de interpretación de dichas experiencias: el asunto de los escenarios urbanos, la problemática de las movilidades dis/capacitadas y la potencialidad de la condición de ser sujeto-deportista. También, procuro ilustrar la fuerza explicativa que tienen estos tres ejes respecto de la cuestión del dis/capacitamiento, la dis/capacidad y los dis/capacitados a través de tres perfiles periodísticos: uno sobre Paula Lara, nadadora dis/capacitada, otro sobre Alejandra Carrillo, boccista, y un último sobre Moisés Alonso, rugbista en silla de ruedas.

Finalmente, propongo maneras posibles para articular la perspectiva dis/capacitada que rescato en esos tres personajes en torno a dinámicas participativas y participantes, tanto de construcción y ejecución de políticas públicas, como de ejercicios de intervención sobre los entornos contruidos de algunos escenarios urbanos bogotanos.

palabras clave:

*dis/capacidad físico-motriz, experiencia urbana, perspectiva
dis/capacitada, atletas dis/capacitados, ensamblajes.*

abstract

In this monograph I undertake the effort of analysing critically the experience that three physically-motive dis/abled athletes have of some urban scenarios of the city of Bogotá, with the intention of describing and understanding, through them, the assemblages that influence the coproduction and reproduction of the enabling and disabling relationships that each one of them lives on a daily basis.

With that in mind, throughout this text I build three structuring axes of interpretation of such experiences: the matter of urban scenarios, the problem of dis/abled mobilities and the potentiality of the condition of being a sportsperson-subject. I also attempt to illustrate the explanatory force of those axes regarding the issue of dis/ablement, dis/ability and the dis/abled via three journalistic profiles: one about Paula Lara, dis/abled swimmer, another about Alejandra Carrillo, boccia player, and a last one about Moisés Alonso, wheelchair rugby competitor.

Finally, I propose possible ways to articulate the dis/abled perspective that I recover from those three characters around participative and participant dynamics, both of construction and execution of public policies, and of intervention exercises over the built environments of some of Bogotá's urban scenarios.

keywords:

*physical-motor dis/ability, urban experience, dis/abled perspective,
dis/abled athletes, assemblages.*

introducción.

vade mecum. andar para llegar

¿Y cuál es el magunge?	14
Lo que me arroja a hacer este esfuerzo	15
Apostarle a metodologías-otras	17
¿Cómo pasearse por esta monografía?	21

uno.

leer la vida en clave dis/capacitada

Tríptico de la discordia	25
Los inacabables ensamblajes de lo dis/capaz	28
Una vuelta por los universos del dis/capacitamiento	34

dos.

para no caminar sin antes haber gateado

- 42 De escenarios dis/capacitadores y otros demonios
- 46 Breve manual para hacer el mundo moviéndose
- 50 Entre fenómenos y héroes, el deporte como lugar liminal

tres.

nadar, viajar y (sobre)vivir

- 62 La ficción de la sirena
- 63 Rodar y rodar
- 64 Diario de viaje
- 66 Desarmar la jungla de cemento

cuatro.

el problema de la ciudad-laberinto

Camaleón sobre ruedas	72
Aprender a hacerse andando	73
Llantas en polvorosa	74
Con los pies en la tierra	76

cinco.

como ir haciéndose campito

La magia de las primeras veces	79
Un fantasma intermitente	80
Fábula de una relación embarazosa	82

conclusiones.

final de viaje. un modelo-*otro* para armar

- 89 Elogio a decirse dis/capacitado
- 90 Encarnar la experiencia y rescatar la experticia
- 95 La acuciante necesidad de aterrizar tantos mares de tinta
- 101 La importancia de co-construir las rutas

colofón.

algunos cachivaches para llevar

- 107 Lista de anexos
- 108 Bibliografía y referencias

figuras, tablas y gráficas

Tabla #1: Serie de Normas Técnicas Colombianas (NTC) sobre 'Accesibilidad de las personas al medio físico' formuladas hasta mayo de 2017 [pp. 104-105].



vade mecum

andar para llegar

¿Y cuál es el magunge?

Hasta el sol de hoy, el establecimiento de una definición integral de lo que significa y lo que implica la discapacidad en toda su extensión ha probado ser una tarea imposible. A pesar de que el problema ha estado en boga desde mediados del siglo XX y ha pasado por el rasero de un buen puñado de modelos conceptuales que han intentado resolverlo desde uno u otro costado (Gómez Acosta & Cuervo Echeverri, 2007, p. 34), ninguno se ha demostrado capaz de hacerlo en formas enteramente satisfactorias.

En este trabajo yo pretendo entrar en el debate de hablar de la discapacidad y de sus matices no con el ánimo de definirlos de manera absoluta y definitiva; sino, más bien, con la intención de postular *una forma* de entender el asunto. Así, a lo largo de esta monografía procuro usar un lente fenomenológico para *intentar* desentrañar algunos de los matices que encierra la compleja cuestión de la discapacidad.

Mi apuesta es analizar y entender la experiencia de la ciudad que tiene un segmento de deportistas de las Ligas Paralímpicas de Bogotá —con diversas capacidades funcionales en términos físico-motrices— a partir de las interacciones que ellos tienen con los escenarios urbanos en los que transcurren sus vidas cotidianas, procurando responder a las siguientes preguntas orientadoras:

¿En qué consisten las experiencias que algunos deportistas físico-motrizmente limitados de las Ligas Paralímpicas de Bogotá tienen de ciertos escenarios urbanos de la ciudad y de qué maneras se coproducen y reproducen las relaciones particulares entre esos escenarios y esos deportistas?

En ambas inquietudes problematizo a la discapacidad como objeto de estudio porque intuyo que estructura (y es estructurada por) experiencias particulares de la ciudad. Es partiendo de allí que, en principio, sugiero que Bogotá está pensada para ser experimentada a plenitud solo por sujetos no discapacitados, por cuanto está plagada de escenarios en los que se crean y mantienen condiciones injustas que restringen significativamente las posibilidades de su experiencia por parte de sujetos discapacitados.

Sin embargo, el horizonte del trabajo no es el de enunciar verdades relativamente evidentes como decir que la ciudad resulta poco accesible; o arengar sobre lo acuciante que resulta construir espacios públicos en Bogotá que sean más amigables, dignos y receptivos con las necesidades de discapacitados como los deportistas de los que habla esta investigación. Ese no es el punto, porque para eso no se necesita hacer estudios, ni sociológicos ni de ningún tipo.

La nuez del asunto está en descifrar con precisión las condiciones por las cuales la discapacidad se expresa en ciertos espacios de la ciudad, para dejar de decir que la discapacidad simplemente ocurre y —en su lugar— procurar entender *cómo* ocurre, *cuándo* ocurre y, sobre todo, *qué efectos concretos* tiene su ocurrencia sobre la experiencia de la ciudad que tienen personas discapacitadas como las que animan esta tesis.

Lo que me arroja a hacer este esfuerzo

Con todo, el hecho de que este trabajo no se concentre en las perogrulladas, no hace de ellas algo menos válido. Por más obvio que resulte, es menester indicar que la ciudad es poco accesible; y es urgente argumentar a favor de la necesidad de transformar los escenarios discapacitantes de la misma en unos que sean menos incompatibles con la idea de que todas las personas puedan experimentarlos plenamente.

Porque de eso también se trata el juego de entender los tejemanejes de la discapacidad, pues parte de la utilidad de dicha comprensión estriba en que ella pueda permitir pensar maneras eficaces, efectivas y duraderas con las que se pueda hacer de ciudades como Bogotá escenarios cada vez más accesibles y justos para las personas discapacitadas. Mi preocupación, no obstante, está en pretender superar esos enunciados clásicos para nutrirlos con la propia perspectiva que los discapacitados —entre los que me incluyo— tienen, tanto del problema, como de las políticas públicas (principalmente de los planes urbanísticos y de ordenamiento de gran y pequeña escala y otros programas del corte similar) que se han propuesto para manejarlo.

Ahora bien, en aras de perseguir ese propósito, en este proyecto busco *acercarme*¹ a un entendimiento de las maneras en las cuales algunos discapacitados se mueven, sienten, perciben, habitan, están, son y viven en la ciudad —o sea, las formas a través de las cuales ellos interactúan con ella— a partir de un estudio de la experiencia que estos sujetos tienen de algunos escenarios urbanos concretos. Entendiendo que esas interacciones son

¹ Digo “acercarme”, con marcado acento, porque asumo una posición desde la que doy por sentado y tengo por cierto que las experiencias particulares de otros discapacitados son asíntotas para mí. Es decir, que jamás podré —sin importar lo mucho que lo intente— comprenderlas en su totalidad, en particular, porque no me son propias ni pueden llegar a serlo nunca.

suelo fértil para variadas y particulares relaciones de capacitamiento y discapacitamiento que resultan transversales a dichas experiencias, por cuanto coproducen y reproducen las expresiones de discapacidad de cada uno de estos sujetos.

Las interacciones entre los deportistas discapacitados y la ciudad, en todo caso, aparecen siempre como construcciones sociales que están en permanente calistenia; de tal suerte que, dentro de ellas mismas, está presente un margen de agencia sobre el que puede incidirse. Este margen, sin embargo, es muy amplio y abarca incontables relaciones entre muchos y muy diversos actantes (sujetos, materialidades, etc.) de las que este proyecto no puede dar total cuenta.

De entre todas las opciones, el foco del proyecto está puesto en el margen de agencia que facilita una de esas interacciones: la que mantienen los sujetos discapacitados con los entornos construidos. Por cuanto rescata la posibilidad transformar las relaciones discapacitantes entre entorno y sujeto en relaciones capacitantes a partir de una modificación de las materialidades que las configuran (Brandt Jr. & Pope, 1997, p. 66).

En ese orden de ideas, el objetivo que me interesa perseguir en este proyecto es el de analizar la experiencia que algunos deportistas físico-motrizmente dis/capacitados² de las Ligas Paralímpicas de Bogotá tienen de los escenarios urbanos que atraviesan sus vidas cotidianas. Sobre todo, respondiendo a tres correlatos específicos que se explican como se sigue:

El primero, es una intención por caracterizar la experiencia que esos deportistas tienen de esos escenarios a partir de las maneras en las que ellos

² Uso este y otros términos similares a lo largo del proyecto, como una síntesis de la enunciación política que hago a partir del modelo conceptual desde el que yo comprendo al fenómeno de la discapacidad. Esta postura la explico detalladamente en el apartado que inaugura el primer capítulo, titulado *Tríptico de la discordia*.

los perciben, los sienten, los habitan y los viven; el segundo, es un ánimo por describir los ensamblajes que inciden en la coproducción y reproducción de las relaciones de capacitamiento y discapacitamiento que dichos deportistas sostienen con tales escenarios en sus experiencias cotidianas de los mismos; y el tercero, es una preocupación por identificar los aportes que las experiencias urbanas de estos deportistas, así entendidas, pueden brindarle a los programas y políticas distritales futuros relativos a la planeación, el ordenamiento y el diseño del espacio público.

Apostarles a metodologías–otras

A lo largo de este proyecto procuré hacer un trabajo descriptivo y explicativo de carácter transversal y cualitativo, basado en las entrevistas semi-estructuradas y dirigidas, la etnografía itinerante y la perfilación. El proceso de trabajo que seguí estuvo dividido en cuatro etapas que se desarrollaron de la siguiente manera:

1. Tras contactar con las Ligas Paralímpicas Distritales en el marco de la pasantía que adelanté con el Instituto Distrital de Recreación y Deporte (IDRD) para este proyecto, formulé un muestreo básico y *no representativo* de seis deportistas en silla de ruedas (una mujer y un hombre para tres deportes paralímpicos específicos); todos con variados niveles de movilidad y con distintas limitaciones funcionales en términos físico-motrices, bien en sus extremidades o en su corporalidad general.
2. Construí junto a ellos una serie de relatos en torno a sus experiencias dis/capacitadas cotidianas y particulares de Bogotá —

sentires, pensares, percepciones, usos y habitares— usando entrevistas semi-estructuradas que giraron alrededor de cuatro ejes temáticos.

3. Hice una etnografía itinerante con tres de esos deportistas, por separado y en distintos lugares de la ciudad, apuntalada en un proceso de inmersión co-presente y en la realización de entrevistas narrativas dirigidas enfocadas en profundizar sobre ciertas relaciones particulares que ellos mantenían con algunos escenarios de Bogotá.
4. Y por último, articulé todo el conocimiento adquirido en dos ejercicios de escritura: uno creativo, de corte periodístico, y otro investigativo, de corte académico, con los que busqué poner en evidencia los ensamblajes que interactúan en la coproducción y la reproducción de esas experiencias dis/capacitadas concretas.

¿POR QUÉ ESCOGÍ ESAS TÉCNICAS?

Entrevistas semi-estructuradas

Con ellas perseguí un ejercicio de co-construcción de conocimiento para identificar el estado, la posición y la situación de los entrevistados en torno a cuatro asuntos clave: 1) el deporte y la dis/capacidad, 2) la experiencia subjetiva que se tiene de la ciudad, 3) la relación con los entornos construidos y 4) las opiniones de los entrevistados frente al reto de hacer una ciudad menos dis/capacitante.

Las escogí con el propósito de establecer los patrones que informan el ensamblaje de la experiencia dis/capacitada. Aquí me concentré en revisar

lo que los deportistas reconocieron que atravesaba sus sentires y vivires urbanos, en términos de: las particularidades —visiones, olores, maneras, sabores, colores, movimientos y sonidos (Sheller & Urry, 2003, p. 11)— de ciertos lugares que son canalizadas por su perspectiva dis/capacitada; su relación con la propia dis/capacidad; el lugar que concedían al deporte en sus vidas cotidianas; su conciencia sobre el dis/capacitamiento; e inclusive las maneras en las que llevaban a cabo la interacción con extraños desde su posición dis/capacitada.

Etnografías itinerantes

Esta técnica es un tipo de etnografía mínima, participante, móvil y multi-localizada (Salazar Arenas, 2009, pp. 37–38) con la que busqué dar cuenta de cómo los sujetos investigados efectúan una relación cara a cara con los momentos, lugares y personas que atraviesan su cotidianidad (Sheller & Urry, 2006, p. 217). Son parte de un método móvil amplio, que orienta la llevada a término de esta investigación partiendo de la base de generar conocimiento y de producir saberes a través del movimiento (Büscher, 2013).

Las emprendí en la forma de la inmersión co-presente pretendiendo evidenciar el proceso capacitante-dis/capacitante de cada deportista en una serie de viajes y acompañamientos que hice junto a ellos a lo largo de su día a día con el ánimo de descubrir —casi de primera mano— tanto las cosas que les representaban un obstáculo y/o un facilitador, como las estrategias que cada uno había encontrado para sortearlas desde su propia dis/capacidad.

Entrevistas narrativas dirigidas

Estas entrevistas fueron un ejercicio de indagación complementario con el que busqué profundizar en algunas *historias* de los entrevistados que pudieran dar cuenta de inquietudes puntuales de la investigación (Bonilla-

Castro & Rodríguez Sehk, 2005, p. 180) relativas a cómo, cuándo y por dónde se movilizaban ellos por la ciudad.

Lo que me propuse con esta técnica fue tratar de revelar los sentidos³ que los entrevistados ponían en juego en las tramas que construían. Para eso, me detuve sobre las decisiones con las que ellos estructuraban dichas historias (Jovchelovitch & Bauer, 2000, p. 3): desde cómo comenzaban la historia, cuáles detalles me contaban y cuáles no, en qué cosas fijaban (o no) sus narraciones, hasta cómo contaban el relato y cómo optaban por cerrarlo.

Escritura de perfiles periodísticos

Los perfiles son parte de una apuesta cuasi-propia, basada en la línea de los relatos de vida, con la que busqué rescatar los saberes sociológicos que guardan, en sí mismas, las experiencias de los atletas junto a quienes trabajé. Aquí, asumo que esas historias comportan un oficio *reflexivo* de construcción de tramas (Bertaux, 1999, pp. 9, 17) en el que se pone de manifiesto y se hace visible la perspectiva que ellos mismos tienen de los asuntos que a mí me interesa develar en el proyecto.

Esta técnica es hija de una práctica interpretativa a la que quise aproximarme desde la orilla del periodismo de precisión, que combina estrategias narrativas de los hechos, con herramientas propias del análisis social (Meyer, 2001, pp. 4-5). La usé porque considero valiosísima y más que justa la apuesta que encierra: centrar la investigación en quienes la hacen posible (los entrevistados, los informantes) a partir, tanto de lo que creen — porque así lo perciben— como de lo que saben —porque así lo han vivido— sobre el problema que los convoca (Bertaux, 1999, pp. 6, 9).

3 Entendidos, simultáneamente, como el *direccionamiento de* y como el *sustrato significante de*.

¿Cómo pasearse por esta monografía?

He ordenado este trabajo en cinco capítulos medianamente interdependientes: los dos primeros siguen una lógica predominantemente académica, mientras que los tres últimos tienen una naturaleza más narrativa. Digo que son medianamente interdependientes porque pueden ser leídos bien como dos bloques separados o como cinco piezas que conforman una totalidad. El juego a partir del cual he escrito cada bloque, sin embargo, apunta a que sus piezas expliquen y pongan en evidencia varias caras del problema que me interesó tratar aquí.

Al primer bloque lo inaugura el capítulo *leer la vida en clave dis/capacitada*, que concentra el grueso teórico-conceptual del proyecto, y lo cierra el capítulo *para no caminar sin antes haber gateado*, que revisa algunos antecedentes epistemológicos puntuales respecto a los ecos⁴ que se adivinan en las historias del segundo bloque frente a: el entorno urbano, la movilidad y el ejercicio deportivo en tanto dimensiones estrechamente relacionadas con la dis/capacidad. Al segundo bloque, por otro lado, lo componen el capítulo *nadar, viajar y (sobre)vivir*, que se ocupa de contar los vericuetos de una nadadora dis/capacitada; el capítulo *el problema de la ciudad-laberinto*, que habla de los ires y venires de una boccista; y el capítulo *como ir haciéndose campito*, que relata la cotidianidad de un rugbista en silla de ruedas.

Ambos bloques, por demás, están cercados por este prólogo y por un apartado de conclusiones que cierra la monografía hablando de cuatro de las cuestiones que, a mi juicio, resultan transversales en la investigación: una, la potencia de la dis/capacidad como acto político; dos, la experiencia

4 Si bien cada uno de esos ejes temáticos es protagonista de una de las historias del segundo bloque, eso no implica —en ningún caso— que el tema en el que está concentrado un perfil queda excluido de las demás historias. El juego, precisamente, está en entroncar todos los casos narrados a partir de los puntos de convergencia y de divergencia entre ellos.

y la experticia dis/capacitadas; tres, el rol de las políticas públicas sobre el tema; y cuatro, el lugar que puede tener la perspectiva dis/capacitada en el diseño, ejecución, implementación y seguimiento de los proyectos de ordenamiento y planeación que eventualmente se emprendan sobre los escenarios urbanos públicos de Bogotá.

De cualquier modo, esta monografía está pensada como un viaje en el que el lector puede detenerse en cualquier lugar a contemplar el paisaje y a dejar que el texto lo mire de vuelta: a veces con una vista filosa y crítica, a veces con asomos tiernos y cómplices e incluso, a veces, con ojos silenciosos o cerrados.

En últimas, la invitación es esa: dejarse mirar. Para (ojaláy) no salir de este viaje igual a como se entró.



leer la vida

en clave dis/capacitada

Tríptico de la discordia

Por sobre cualquier otra consideración, quiero rescatar que a lo largo de este proyecto me interesa hablar de la discapacidad en mis propios términos, tomando prestadas unas contadas nociones de algunos de los modelos más recurrentes que han tratado de explicarla. Ello a pesar de que soy consciente de que la discapacidad es un fenómeno, por demás, excepcionalmente amplio y que no es posible hablar de un concepto general y universal que pueda definir satisfactoriamente todos los matices —biológicos, sociales, psicológicos, económicos, culturales y etcétera— que la configuran.

Así pues, la orilla desde la que enuncio a la discapacidad aquí es la de la teoría del proceso capacitante–discapacitante⁵ planteado por el sociólogo Saad Nagi, que la describe como la expresión concreta de una limitación funcional individual, física o mental, en un contexto social (Nagi, 1965, p. 103). Esa postura me permite hablar de la discapacidad, en principio, como la suma de una serie de relaciones que ciertos contextos —ora materiales ora sociales— mantienen con un cuerpo que es leído y/o vivido como uno funcionalmente limitado y viceversa; pero también me permite darle a este asunto un cariz político que habla de mi propia perspectiva discapacitada sobre el problema. Lo que yo rescato del modelo de Nagi, no es solo el hecho de entender a la discapacidad como una relación social, sino también la apuesta de asumirla como una forma de infinitas aristas entre las que hay dos que me interesa salvar; las dos que, a mi juicio, estructuran más profundamente la experiencia de la discapacidad así puesta: la primera, una

5 Del inglés *enabling–disabling*, respectivamente.

dimensión somática que responde a su sustrato biológico y la segunda, una dimensión relacional que responde a su sustrato societal.

Esos dos sustratos procuro conjugarlos aquí en una trinidad conceptual relacional e interdependiente compuesta por el *dis/capacitamiento*, la *dis/capacidad* y el sujeto *dis/capacitado*. Así, lo que Nagi describe como el proceso que produce la discapacidad, aparece en mi terminología como una relación de *dis/capacitamiento* que, en su turno, se expresa concretamente en una forma de *dis/capacidad*⁶ que es encarnada por corporalidades y sujetos *dis/capacitados*.

Ahora bien, la parte somática que informa a ese triángulo entiende que la discapacidad es algo que *se tiene*, es decir, que es propia de (pero no inherente a) la persona por cuanto se refiere a sus características corporales y se expresa en las cosas que su cuerpo puede y no puede hacer en términos funcionales. Mientras que la parte relacional a la que el triángulo aduce, entiende que la discapacidad es algo en lo que *se está*, por cuanto es propia de los contextos particulares —cualesquiera sean— en los cuales el sujeto *dis/capacitado* despliega su vida cotidiana y se expresa en tanto dichos contextos la hacen evidente, palpable o tangible.

En apariencia, ese derrotero conceptual es una mixtura de las formulaciones que han hecho, respectivamente, el modelo ‘médico’ y el modelo ‘social’ de la discapacidad (Masala & Petretto, 2008) en tanto envuelve una explicación amplia del fenómeno en la que se encuentran los discursos médicos y los discursos sociológicos sobre el asunto. Desde allí reconozco que

⁶ Aunque este proceso *dis/capacitante* que describo puede, hasta cierto punto, resultar válido para todas las expresiones posibles de *dis/capacidad* (mental, sensorial, física, múltiple o de otra índole), cabe acotar que en este proyecto me concentro solo en una de ellas: la expresión físico-motriz de la *dis/capacidad* e incluso, mejor puesto, apenas en un pequeño fragmento de la misma.

la discapacidad, simultáneamente, está dada —en los cuerpos dis/capacitados— y es producida —tanto *en el marco de* como *por cuenta de* las relaciones que los dis/capacitados sostienen y mantienen con el mundo— (Torres Rodríguez, 2016c).

Su esencia, sin embargo, es declarativa y raya con lo contestatario, porque es una respuesta a la incomodidad que me genera (como dis/capacitado que soy) el hablar del fenómeno a través de las formas tradicionales que se han usado para describirlo. Yo no puedo enunciarme (ni enunciar a otros) como personas *con* discapacidad ni en *situación* o *condición* de discapacidad, como tampoco puedo decir que los discapacitados tengamos *diversidad funcional*, ni *capacidades diferentes* o *especiales*. Y no puedo hacerlo porque todas esas categorías me parecen irrisorias, eufemísticas, burlonas y —sobre todo— miopes a la hora de hacerle justicia a la dis/capacidad.

Lo que yo siento mío, en ese sentido, es la necesidad de decirme dis/capacitado, así, sin más apellidos. Reconocerme (y reconocer a otros) como tal(es) es la postura personal que pongo en juego en este trabajo. Una postura a través de la cual pretendo apropiarme del significado de la discapacidad y nombrarla por lo que es. Para no otorgarle sentidos espurios y para empezar a enunciarla de formas más auténticas, que rescaten la fuerza creadora de la Palabra con la que se le denomina.

La aparición de la barra (/) dentro de los conceptos que construyo aquí, de hecho, presta atención a la potencia retórica que tiene ese signo. Una potencia que no es en absoluto azarosa, ni gratuita: la barra en medio de esas palabras mías no solo introduce una ruptura de ritmo que obliga a desacelerar los ojos cada vez que se las lee, sino que también tiene la intención gramatical de formular una elección dentro del mismo concepto, tal y como ocurriría en una frase corriente (p. ej.: “puedo comprar dos peras y/o cuatro manzanas”). La barra cumple esa función aquí, porque, primero,

pone en tela de juicio el morfema *dis-* al interpelarlo críticamente y, segundo, le propone (a todos cuantos quieran subirse a este tren) *una opción distinta* para enunciar el fenómeno con la que se puede decir —claro y fuerte— que nosotros,⁷ los dis/capacitados todos, estamos más allá de los discursos que han tratado de definirnos (Torres Rodríguez, 2016a, pp. 12–14).

De manera que el tríptico es —simultáneamente— una forma poética y personal de enunciar el problema y un *statement* en propio derecho, con el que quiero decir que los dis/capacitados *tenemos* nuestras dis/capacidades, porque la dis/capacidad está en nuestros cuerpos en la forma de una característica que es leída y/o vivida como una limitación funcional o una enfermedad; y también *estamos en* dis/capacidad, porque vivimos en y nos relacionamos con un mundo que nos dis/capacita todo el tiempo. Ambas cuestiones conforman la dis/capacidad, ambas dialogan entre sí y se superponen. No son mutuamente excluyentes, sino que ocurren *al mismo tiempo y con la misma fuerza* en la vivencia misma que los dis/capacitados tenemos del mundo.

7 Cabe aclarar que si me refiero a los dis/capacitados en plural, no es para cometer el despropósito de defender una idea homogeneizadora de las tantísimo diversas vivencias del mundo que experimentan los sujetos dis/capacitados (¡ni más faltaba!); sino, más bien, para subrayar que yo mismo me identifico como sujeto dis/capacitado y que no soy ni me siento ajeno al fenómeno del que hablo.

Los inacabables ensamblajes de lo dis/capaz

Ahora bien, el esfuerzo que hago con el tríptico para designar a la dis/capacidad como una relación social y como una experiencia diferenciada del mundo que es eminentemente subjetiva, me obliga a hablar de un aparato teórico muy particular que hace eco del marco amplio en el que sitúo este proyecto. Ese marco tiene dos líneas estructurantes: una, analiza el ensamblaje moderno que se ha construido en torno a la figura de una subjetividad-patrón universal; y otra, relaciona las maneras en las que la dis/capacidad y la experiencia del mundo se encuentran cotidianamente.

IN FORMA PERFECTA. LA SUBJETIVIDAD-PATRÓN MODERNA

Parto de entender que existe un dispositivo moderno desde el cual unos discursos, unas tecnologías y unas prácticas han convergido históricamente para producir una subjetividad particular (Castro-Gómez, 2009, p. 61), que comporta la idea de que existen una corporalidad, un *ethos* y una manera de vivir que son *normales* y consecuentemente deseables en la vida moderna. Dicho dispositivo sigue una lógica que hace existir ciertos patrones *normales*, que producen una serie de prácticas y de discursos alrededor de los cuales se estructuran unas determinadas maneras hegemónicas de ser y de estar en el mundo que se imponen sobre otras formas posibles.

La imposición de estos marcos universalizantes opera a través de una estructura sociocultural —dígase, una ideología— que tiene por buenas y correctas cuantas formas se asocian con los valores que la apuntalan: la productividad, la salud, la independencia, la libertad, etcétera (Rosato et al., 2009, p. 12); al tiempo que excluye cuanta forma-otra resulte contraria o desafiante ante dichos valores. Por demás, la base de esa ideología es construida a partir de un proceso permanente de contestación, en el que se

pugna la primacía de unos valores sobre otros y de unas formas determinadas de habitar, ser, saber y estar en el mundo sobre otras (Imrie, 2000, p. 1641).

En esa dinámica, lo que está en juego son ejercicios de poder particulares que informan prácticas en las que unas subjetividades son priorizadas, mientras otras resultan aisladas. Así, en el dispositivo *normalizante* moderno, la subjetividad que es favorecida (junto con todo cuanto ella configura) es la del patrón-*normal*; mientras que las subjetividades que no siguen ese patrón resultan invisibilizadas y marginalizadas dentro de la estructura sociocultural hegemónica (Ibíd. 2000, p. 1644).

HACER PATENTE UNA PERSPECTIVA-OTRA DEL MUNDO

En tanto la dis/capacidad es y ha sido una forma-otra anchamente subalternizada, patologizada y estigmatizada desde múltiples orillas (Rojas Campos, 2015), no es descabellado asociarla como una de esas formas de subjetividad que históricamente se ha situado en el margen no hegemónico del patrón-*normal*. Sin embargo, para poder hablar en plena justicia de una subjetividad dis/capacitada, no resulta suficiente el decir que tal cosa existe, sino que es menester saber qué es lo que ella encierra.

La subjetividad se asume como la característica fundamental de un sujeto que, en su turno, es tal por tres razones (cfr. Abrams, 2015; Emirbayer & Mische, 1998; Strazzoni, 2015): la primera, porque existe y se proyecta de manera tangible en el conjunto de cosas que demarcan su existencia (es decir, porque es un *ser-ahí-en-el-mundo*); la segunda, porque se encuentra con ese mundo de cosas, lo experimenta por sí mismo y lleva a cabo una serie de interacciones con él (es decir, porque performa un *actuar-en-el-mundo*); y la tercera, porque puede ejercer un cierto nivel de poder sobre las cosas que componen dicho conjunto (es decir, porque posee una *agencia-en-el-mundo*).

En esos términos, una subjetividad dis/capacitada se adivina como toda aquella que es encarnada y expresada por un sujeto dis/capacitado, *independientemente* de si dicho sujeto se reconoce como tal. Cabe decir que afirmo tal cosa porque entiendo que la dis/capacidad atraviesa la vida de los dis/capacitados por entero y deviene, por eso mismo, como una dimensión estructurante e indisociable (pero *nunca* total) del sujeto dis/capacitado, de su identidad y de su subjetividad. Una dimensión que existe, así no sea nombrada propiamente, por cuanto encarna habitares particulares que se concretan en las experiencias cotidianas que los sujetos dis/capacitados tienen del mundo; experiencias que —vale subrayar— son formas-otras singulares, que están por fuera del patrón-normal.

En todo caso, cuando se dice que los dis/capacitados habitan el mundo de maneras particulares, se está asumiendo de entrada que sus formas-otras de existir hacen que ellos creen para sí mismos mundos que están atravesados por lo que su manera dis/capacitada de habitar les deja sentir, vivir, percibir, pensar y hacer. Para ilustrar este punto puede pensarse, por ejemplo, que las máquinas (sillas de ruedas, bastones, muletas, caminadores, etc.) y los cuerpos (piernas, manos, músculos, ojos, oídos, etc.) de los que se sirven los dis/capacitados para habitar el mundo, producen corpor(e)alidades distintas a esas que producen los cuerpos normales (cfr. Castro-Gómez, 2009, pp. 66, 73) que por demás no necesitan, al menos en principio, de mediaciones maquinísticas de ningún tipo para habitarlo.

Ahora bien, la reiteración que aquí aparece sobre la noción de *habitar* no es casual, en la medida en que el habitar aduce a la práctica de hacer un lugar particular desde el que alguien puede construir el mundo—y, más aún, *su* mundo. Una cuestión que resuena con la idea de que cuando un sujeto *habita* el mundo, lo que hace es incorporar una manera de ser sobre ese mundo que encierra dicho construir (Heidegger, 1951). Así, el habitar puede asociarse con una práctica intencional por construir los sentidos con

los que se transita, se mora y se existe en el mundo; es en el habitar que se encuentra la subjetividad de los sujetos (Álvarez & Blanco, 2013).

Así, reparar en el detalle del habitar permite dar pie a la afirmación de que la dis/capacidad, en tanto genera habitares-otros, es un fenómeno que produce sentidos y que facilita la expresión, apropiación e incorporación de unos y otros significados socioculturales a partir de unas ciertas maneras de existir (Moreno Murrieta, 2015, pp. 70–71).

LA TAREA DE DESCIFRAR EL ROMPECABEZAS ONTOLÓGICO

Siguiendo ese orden de ideas, aquí argumento que el tríptico de la dis/capacidad, el dis/capacitamiento y los sujetos dis/capacitados funciona como un *ensamblaje*,⁸ descrito en torno a una estructura compleja de ejercicios, prácticas, discursos, poderes, fuerzas y saberes hegemónicos y hegemonzantes —apuntalados en unos determinados andamiajes sociopolíticos y culturales— que, por cuenta de dinámicas de codificación, estratificación y territorialización (Heckman, 2002, sec. Glossary), producen subjetividades-otras dis/capacitadas y experiencias-otras dis/capacitadas del mundo, que son –otras por cuanto no encajan con una figura patrón normal.

Eso, tan de golpe, suena como un enredado magunge de tecnicismos en el que puede resultar fácil perderse, por lo que no tiene desperdicio traducirlo en la siguiente seguidilla de enunciados, no necesariamente secuenciales, que explican el punto anterior de una manera algo más sencilla:

- Existen y han existido ciertas prácticas, discursos y fuerzas desde las que, en la modernidad, se ha construido un patrón-normal hegemónico.

⁸ Intercambiable con e indistinto de los conceptos de ensamblado y de ensamble.

- Ese patrón valora y da protagonismo a subjetividades y corporalidades que tienen ciertas características (como ser activas, productivas, saludables...) y les pone el mote de subjetividades-normales.
- Todas las subjetividades que no son normales o que no encajan con ese patrón resultan excluidas y reciben el remoquete de ser subjetividades-otras.
- Entre esas subjetividades-otras hay una bastante particular, la subjetividad dis/capacitada, cuya relación con el patrón-normal está mediada por un proceso de dis/capacitamiento.
- Se dice que ese proceso de dis/capacitamiento es un ensamble porque agrupa y relaciona incontables dimensiones y entidades de diversa índole que interactúan para producirlo y a las que dicho proceso, también y al tiempo, produce.

Ahora bien, hay que subrayar que este ensamblado es producto de un proceso histórico largo que no es fijo ni está cerrado, sino que es susceptible al dinamismo y no está nunca terminado. Es dinámico por cuanto es producido mientras se despliega por aquellos a quienes afecta —es decir, es coproducido: produce y es producido a la vez—. Y no está nunca terminado porque es parte de una realidad múltiple, diversa y cambiante que se reproduce constante y permanentemente.

De manera que el ensamble y sus efectos aparecen (y están) siempre en movimiento.

Ante todo, porque las subjetividades-otras dis/capacitadas que produce dicho ensamblaje coproducen y reproducen también al ensamblaje mismo.

Por cuanto las experiencias-otras del mundo que dichas subjetividades tienen, viven y encarnan se conjugan con los procesos que las apuntalan como dos órdenes del mundo de la vida que, aunque diferenciados, se producen juntos y simultáneamente a la manera de amplias y diversas configuraciones que se desdoblan y perpetúan a lo largo del tiempo. El movimiento del ensamble da cuenta de que, bien sea como un par de dinámicas autónomas o como una totalidad, ambas aristas son influenciadas por e influyen a su homóloga de tal suerte que cuando (y si es que) una de ellas cambia, la otra también lo hace (Lee, 2013, pp. 4-5).

Por demás, las experiencias-otras del ensamblaje dis/capacitante son experiencias dis/capacitadas del mundo que, en sí mismas, constituyen un ensamblaje como efecto de la suma de unos tiempos, unos espacios y unas subjetividades interdependientes que se coproducen-reproducen mientras son vividos, por cuanto existen siempre juntos y solo pueden ser interpretados en términos de una relación holística (Seamon, 2000).

Una vuelta por los universos del dis/capacitamiento

El asunto es que el ensamblaje de la experiencia dis/capacitada, a su vez, está profundamente entroncado con los universos simbólicos y materiales que lo hacen evidente (Salazar Arenas, 2013, p. 18) y es supervenido por el ensamblaje del dis/capacitamiento, frente al cual se mantiene en un estado permanente de coproducción-reproducción.

No es sino entendiendo eso que se esclarece la necesidad de orientar la cuestión en direcciones que revelen a ambos ensamblajes en cotidianidades concretas. Aquí se rescatan dos de las muchas posibles: la primera, que alude a los universos simbólicos que los configuran, es la orilla de los *discursos*; mientras que la segunda, que habla de los universos materiales que los informan, es la orilla de los *escenarios*.

LA CONSTELACIÓN SIMBÓLICA DE LOS DISCURSOS

En primera instancia, la efigie discursiva sobre la que este proyecto pone un acento particular es la del cuerpo dis/capacitado: una forma corporal que encierra en sí misma aquel sistema de ideas, valores y creencias —social y culturalmente legitimado— que la producen como forma dis/capacitada. El cuerpo dis/capacitado es la materialización concreta de una cierta ideología, la misma que sustenta el patrón-normal y que recibe el nombre de ideología de la normalidad.

Un cuerpo dis/capacitado presupone la idea de que la dis/capacidad está dada en el cuerpo, pero no implica que ese cuerpo sea dis/capacitado *apenas* por tener una enfermedad o por expresar una limitación funcional cualquiera—pues, en últimas, no todos los cuerpos enfermos o funcionalmente limitados son efectivamente asumidos y tratados como dis/capaces. Lo que dice un cuerpo dis/capacitado es que es tal, *entre otras cosas*, porque existe un discurso que asocia a su enfermedad o limitación particular con la idea de un déficit en torno al cual dicho cuerpo resulta ser dis/capacitado (Rosato et al., 2009).

En Occidente al menos, dicho discurso deficitario tiene anchas raíces históricas que se relacionan con el lugar que ha tenido lo dis/capaz en distintos contextos espacio-temporales (Guzmán Castillo, 2012, pp. 62–64): en la antigüedad clásica, resuena con la práctica eliminativista que aniquilaba físicamente a los cuerpos dis/capacitados por cuanto creía que su carencia de capacidades se debía a causas irreversibles; en la edad media, está emparentada con el modelo de la marginación que tenía a la dis/capacidad como una señal de pecado e impureza y abogaba por una actitud caritativa ante los cuerpos dis/capacitados; mientras que en la modernidad temprana, se manifiesta en una espectacularización del cuerpo dis/capacitado como objeto fenomenal y mercantilizable.

Actualmente, y por encima esas tres retóricas, el eco que retumba con más fuerza es el que se cristalizó en la modernidad tardía a partir de la asociación antonomástica entre enfermedad y dis/capacidad. Que ocurrió, primero, por cuenta de la popularización de la lógica del ‘modelo-normal’ propugnada en los hospitales y las escuelas (Canguilhem, 1971, p. 185) y, segundo, como efecto de la institucionalización de la ciencia médica y de la hegemonización del saber médico-rehabilitador (Foucault, 2001, pp. 56–62).

En la época contemporánea, esa asociación entre enfermedad y dis/capacidad es reproducida sobre la base de una matriz de opuestos, que tiene al sujeto sano como el sujeto normal y al sujeto enfermo como aquel que está fuera de la norma (Guzmán Castillo, 2012, p. 63). Así los cuerpos dis/capacitados, en tanto enfermos, son definidos en razón de sus carencias, déficits, incompletitudes y faltas frente a un patrón-normal saludable que, de seguida, está apuntalado en una valoración positiva de la salud (Kipen & Vallejos, 2009, pp. 164–165).

Esa valoración positiva de lo saludable, en su turno, oculta la existencia de una valoración negativa de lo no-saludable, bajo una operación que naturaliza el discurso ideológico que las sustenta a ambas al establecerlas como un par aparentemente indivisible y auto-contenido: si lo normal/sano es lo deseable y está bien, entonces lo anormal/enfermo no lo es ni lo está (Ibíd. 2009, p. 159). De tal suerte que si un cuerpo enfermo no es normal ni está bien, lo que queda son más bien pocas alternativas: una puede ser eliminar al cuerpo enfermo, tal como se hacía antiguamente; mientras que otra puede ser emprender una labor decididamente correctiva que trate y rehabilite a dicho cuerpo para devolverle su normalidad, tal como procura hacerse hoy en día.

En el caso de los cuerpos dis/capacitados, la mirada y el saber médicos han sido, quizá, los mayores depositarios y ejecutores de esa estructura normalizante, pues no es sino el discurso médico el que se ha hecho con la autoridad de oficio para evaluar, clasificar, diagnosticar, medir, nominar, objetivar e incluso fiscalizar a quien es dis/capacitado (Ibíd. 2009, p. 157). De seguida, el proceso médico de normalización de los cuerpos resulta ser un buen ejemplo de cómo la matriz abstracta de una ideología como la de la normalidad adquiere finalmente formas concretas (Wright, 2004, p. 132): primero, a la manera de una *intención normativa* que apunta hacia ciertos valores que se juzgan correctos—como la condición de ser saludable; después mediante una *decisión normadora*, que reglamenta e institucionaliza el contenido de dichos valores—por ejemplo, en un diagnóstico clínico; y, por último, a través de prácticas que reproducen el orden que se adivina en dicha dinámica discursiva—como las terapias o las medicalizaciones con las que se trata aquello que no es juzgado como saludable.

LA CONSTELACIÓN MATERIAL DE LOS ESCENARIOS

Paralelo a lo anterior, la figura material en la que se hace énfasis aquí es la de los escenarios urbanos *públicos*,⁹ una noción propia —y casi una composición lingüística— que se refiere a los continuos espaciotemporales de la ciudad cuyo uso es predominantemente público. Es allí que sitúo a los cuerpos dis/capacitados que atañen al proyecto, es allí que asumo que se despliega buena parte de sus experiencias del mundo como subjetividades—otras y es allí que entiendo que los ensamblados que me importa descifrar

⁹ Digo *público*, sobre todo, para ubicar la experiencia que busco estudiar en los espacios y los tiempos de la ciudad que tienen, en principio, un carácter y/o un uso íntimo o privado mínimo o nulo. Sin que ello implique que desconozco que dichos espacios-tiempo pueden devenir eventualmente como no-públicos; o que ignoro que la ciudad, toda por entero, es coproducida bajo dinámicas que superan —por mucho— la lógica binaria simple de *lo público* y *lo privado*.

a lo largo de este proyecto pueden hacerse explícitos para dejar de ser categorías analíticas abstractas.

La noción de escenario es una unidad conceptual en la que procuro con- jugar —como dimensiones simultaneas y nunca aisladas o separadas entre sí— los lugares, los espacios, las temporalidades y las materialidades espe- cíficas de la ciudad con las cuales una subjetividad cualquiera se relaciona e interactúa cotidianamente. El constructo no solo moviliza al espacio (Cresswell, 2009, p. 8) al enunciarlo como una categoría nomádica que, an- tes que ser estática y atemporal, es dinámica y está temporalizada; sino que también localiza la temporalidad (Massey, 2001, p. 5) al significar al tiempo como una categoría que está situada en el espacio por cuanto se desdobra siempre en su seno. A la postre, el término también subraya las imbricadas relaciones que sostiene esa unidad con ciertas subjetividades (o viceversa), al permitirse jugar con el deje performativo al que alude la palabra en la disciplina teatral, pues entiende al escenario como un lugar en el que una serie de actantes representan determinadas acciones, en este caso, de na- turaleza social.

Ahora bien, sabiendo que las subjetividades de las que habla este pro- yecto son subjetividades dis/capacitadas, la pertinencia de un escenario ur- bano respecto de la *producción* de la dis/capacidad puede explicarse en torno a un par de consideraciones importantes: 1) que este se constituye como una de las muchas dimensiones, entidades y/o cosas que configura la arista socio-relacional de la dis/capacidad por cuanto es un actante activo dentro de su ensamblaje y 2) que funciona como un catalizador de la expe- riencia particular de la ciudad que construyen para sí las subjetividades dis/capacitadas, por cuanto informa el horizonte de posibilidades que di- chas subjetividades tienen para relacionarse con la ciudad—piénsese que no interactúa de la misma manera con la ciudad quien es dis/capacitado que quien no lo es.

Así pues, tal y como he descrito a la ideología de la normalidad, en tanto uno de los asientos discursivos de la dis/capacidad, como algo propio del cuerpo dis/capacitado; aquí presento al escenario urbano público como uno de los sustratos materiales de la dis/capacidad, amparado en la idea de que esta es propia de entornos y contextos dis/capacitantes.

EL ALFABETO DESDE EL QUE ESCRIBO Y CON EL QUE LEO ESE COSMOS

Con todo, si me sirvo de la figura del cuerpo dis/capacitado para aterrizar los universos simbólicos de los ensamblajes que ya he descrito; y de la figura de los escenarios urbanos públicos para hacerlo con sus universos materiales, no es solo porque las considero exegéticas e ilustrativas sobre el asunto; sino también porque reconozco en ellas una clave interpretativa importante respecto de dichos ensambles: y es que estos pueden ser leídos y entendidos, ya no como órdenes inmutables que descienden de amañadas dicotomías entre lo normal y lo anormal, sino como producto de una disposición dinámica, porosa, fluida y calisténica sobre cuya configuración es posible incidir.

De un lado, cuestionar el discurso normalizador que produce al cuerpo dis/capacitado, implica aventurarse a disputar los significados y valores que amparan a la ideología que lo sustenta. Y de otro lado, interpelar la agencia que ejercen ciertas materialidades de una ciudad como Bogotá sobre un sujeto dis/capacitado, presenta la oportunidad de reorientar las relaciones que existen entre ambos.

Desnudar estos derroteros abre espacios para transformarlos.

En ese sentido, la apuesta que contesta este proyecto es transversal a la enunciación tríplica del dis/capacitamiento, la dis/capacidad y los sujetos dis/capacitados. Porque es una posición que reconoce las dinámicas de ese par de ensamblajes que discapacitan, minimizan, subalternizan o de cualquier modo *otreizan* y excluyen a los dis/capacitados; al tiempo que rescata

la fuerza de la perspectiva dis/capaz para releer esas dinámicas, de tal suerte que aquello que discapacita pueda también (a veces hasta simultáneamente) capacitar a esas subjetividades-otras.

Y esa es justamente la cuestión: la declaración de lo dis/capaz deviene gramatical, discursiva, pragmática y materialmente urgente porque plantea la posibilidad de redefinir de manera considerable, tanto los sentidos que han sido dados a la discapacidad, como sus efectos. Para lograr entenderla como un lugar ambivalente —que no es inherentemente positivo o negativo, ni nada por el estilo— cuyas infinitas potencialidades es necesario abocarse a descubrir, explorar y comprender.



para no caminar

sin antes haber gateado

De escenarios dis/capacitadores y otros demonios

En primer lugar, ese interés mío por descubrir y comprender el entramado de relaciones que los sujetos dis/capacitados sostienen con los escenarios de la urbe que ellos habitan, está ubicado en el corazón de la primera historia que cuento en este trabajo. Es un asunto del que me parece importante hablar en tanto hace visible, evidente y tangible la densa red de interacciones cotidianas que resultan haciendo y deshaciendo determinadas relaciones de capacitamiento y discapacitamiento dentro de la ciudad.

No es sino con eso en mente que, en esta sección, exploro los vericuetos de la relación que existe entre la dis/capacidad y la urbe a partir de tres apartados: en el primero, busco entender las dinámicas de coproducción y reproducción de la ciudad urbana; en el segundo, pretendo dar cuenta de las tensiones que pone de presente la irrupción de la dis/capacidad en ese escenario particular; y en el tercero, tiento algunas ideas sobre las maneras en las que las experiencias urbanas dis/capacitadas interpelan ese proceso de coproducción del escenario urbano.

LA CALESITA QUE COPRODUCE A LA CIUDAD URBANA

La ciudad y lo urbano pueden verse como dos categorías diferenciadas, se diría que la primera alude a un sitio en el que se conjugan un conjunto de estructuras materiales y una determinada población; mientras que la segunda se refiere a las inconmensurables prácticas e interpretaciones con los que dicha población recorre y llena de recorridos a la ciudad (Delgado, 2007, p. 11).

En el país, la categoría de ‘la ciudad’ se ha desarrollado en el seno de varias políticas que han intentado ordenar las metrópolis colombianas en el sentido de la planeación urbanística (p. ej. Alcaldía de Medellín, 2002; Alcaldía de Santiago de Cali et al., 2010; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005; CONPES, 2012; DTEP, 2015). En esta línea, los planes maestros de diseño del espacio público y los manuales de construcción del mismo han sido las principales herramientas con las que se ha procurado definir las materialidades particulares de las grandes ciudades del país. Mientras que la categoría de ‘lo urbano’, antes que caber en algún papel o legislación, ha desencasado en múltiples estructuras relacionales que se hacen manifiestas, tanto en cada experiencia subjetiva de los espacios-tiempo de la ciudad, como en cada práctica —individual o colectiva— que sobre ellos se despliega.

Ahora bien, no sobra aclarar que la distinción entre una y otra categoría es apenas explicativa; puesto que ambas funcionan y se expresan, las más de las veces, como una unidad dialéctica: a la par que la ciudad se emplaza como el sitio que *da lugar* a lo urbano, lo urbano aparece como la estructura experiencial que *da lugar* a la ciudad. La primera no puede entenderse sin el segundo y viceversa, por cuanto ambas están inextricablemente relacionadas en una dinámica de coproducción constante.

Las experiencias y las prácticas que emergen de lo urbano son las que, en últimas, significan los espacios de la ciudad. Sin embargo, el proceso de significar un espacio urbano no es igual al de sacar un conejito de un sombrero de copa. No ocurre por arte de magia, sino que es hijo de una dinámica que, si bien inicia cuando ese espacio se hace un objeto habitable—o sea, cuando es historizado, apropiado, movilizado y valorado por aquellos que lo usan (Salazar Arenas, 2009, pp. 39-40), no se agota en la territorialización de dicho espacio por cuanto se extiende más allá de sus bordes, en una

sucesión fluida de significaciones y de prácticas sociales, que es permanentemente renovada por aquellos que le otorgan a ese espacio, continua y reiteradamente, su carácter urbano (Jirón & Iturra, 2011, p. 47).

De esta manera, se entiende que la ciudad —si se lee urbana— no solo implica a la suma de unas ciertas cosas materiales (la acera, el edificio, la calle...) arregladas de una cierta manera en un cierto espacio concreto; sino que también abarca a la indeterminada serie de momentos, localidades y situaciones que la significan como ciudad urbana y, de seguida, la configuran como un *escenario* de interacción en propio derecho que funge como el contexto que informa y da lugar a unas harto diversas prácticas y significaciones sociales, al tiempo que es construido como un producto de las mismas (Ibíd. 2011).

Por demás, cabe subrayar que las experiencias de este escenario están mediadas por los sentires, las percepciones, las movilidades, los vivires, los estares, los pensares y los entenderes sobre este que aquellos que lo coproducen ponen en juego pues, en todo caso, los sentidos y los significados que atraviesan al escenario urbano no ocurren ni emergen en el éter, sino que se hacen carne en y a través de cualesquiera sean las subjetividades que, de múltiples y variadas maneras, lo habitan y lo usan.

Es obligatorio en este punto detenerse en la acotación sobre esas “múltiples y variadas maneras”, en tanto no todas las subjetividades experimentan el escenario urbano de la misma forma. Y pocos son los casos que pueden ejemplificar de una manera emblemática esa afirmación como aquel de las subjetividades dis/capacitadas, cuya experiencia ocurre en el marco de “una interacción (asimétrica) de fuerzas celulares, psicológicas, sociales y ambientales” (Clarke et al., 2008, p. 506) que pone de presente las *intenciones*, en pugna, alrededor de las cuales el escenario urbano es producido.

Intenciones que, generalmente, se esconden en las respuestas que el escenario ofrece a dos preguntas fundamentales: una, ¿para quién ha sido hecho? y dos, ¿quiénes son los que pueden, efectivamente, usarlo y habitarlo en pleno?

TRATADO EXPRÉS SOBRE LA AGENCIA DE LAS MATERIALIDADES

Es posible, en ese sentido, estructurar la plausibilidad de lo que una subjetividad dis/capacitada puede o no hacer dentro de un escenario en torno a esas dos preguntas, cuyas respuestas pueden evocar al menos dos formas particulares de relacionamiento que no son mutuamente excluyentes sino que se intersecan y conversan en la experiencia que se tiene de dicho escenario: la primera es una forma *capacitante* y la segunda es una forma *discapacitante*.

Se diría que la forma capacitante ocurre cuando la urbe se presenta como un escenario facilitador de la independencia de los dis/capacitados y acaba asegurándoles un rango amplio de accesibilidad y libertad para con los recursos que ella ofrece; mientras que la forma discapacitante sucede cuando la ciudad deviene como un espacio-tiempo que es barrera para los dis/capacitados y termina alentando su exclusión social, de seguida, coartando sus posibilidades de participación en la vida y las dinámicas urbanas (Jirón, Lange V., & Bertrand S., 2010, pp. 31–33).

En todo caso, ambas formas se explican en interacción: de los cuerpos con los cuerpos, de las cosas con las cosas, de los cuerpos con las cosas y de unas entidades con otras entidades... todas cuantas compongan el escenario urbano.

Para entender plenamente lo anterior se hace necesario abandonar la presunción de que las cosas y otros actantes no-antropomórficos o —de otro modo— no-humanos, sirven apenas como una escenografía para la in-

teracción de las personas, puesto que si hay algo que la existencia de formas capacitantes y discapacitantes del escenario urbano advierte, es que las cosas pueden autorizar, brindar acceso a, permitir, dar los recursos para, alentar, sugerir, influir, bloquear, hacer posible o prohibir una acción cualquiera, en tanto ellas también conforman a y participan en dichas acciones (Latour, 2008, p. 107).

De tal suerte que bolardos, señaléticas, escalones y escaleras, franjas demarcadoras, senderos texturados, huecos y desniveles, aceras rebajadas a nivel de la calzada, rampas, pasamanos, cordones anchos o estrechos y otro montón de etcéteras son algunas de las materialidades de un escenario urbano —sus lugares, sus diseños y sus objetos— que juegan en el sentido del dis/capacitamiento, en la medida en que su presencia o su ausencia puede eventualmente establecer cómo y en qué momentos unos y otros cuerpos dis/capacitados se encuentran con sus propias fronteras dentro de la urbe (Muñoz, 2013, p. 5).

Con todo, estos artefactos no están previamente dados en la interacción sino que representan, también, una coproducción socio-material (Lee, 2013, p. 7) que considera, simultáneamente, que dichos artefactos son usados por unos sujetos —a los que, en su turno, producen— mientras son producidos semióticamente por ellos (Castro-Gómez, 2009, p. 66).

UN INCÓMODO, PERO NECESARIO, INTERROGATORIO

Al explorar el caso de Paula, una nadadora dis/capacitada cuya historia ocupa el tercer capítulo de esta monografía, mi apuesta es poner a dialogar todas las estructuras que he explicado en este apartado, volviendo siempre sobre las preguntas que articulan las intenciones —ora vedadas, ora explícitas— que se configuran en los escenarios urbanos que ella usa y habita: primero, ¿para quién están hechos? y segundo, ¿si puede ella o no encajar dentro de ellos y por qué?

Pero ya no solo para detenerme en escuetos asuntos sobre la accesibilidad, las barreras o los facilitadores; sino para rescatar la fuerza que tiene la perspectiva experiencial de la dis/capacidad al momento de ilustrar el estado amplio de este ámbito particular del problema, para cuestionarlo, para demostrar sus fisuras y para proponer, mediando su propio protagonismo, algunos posibles ejes de transformación del asunto.

Breve manual para hacer el mundo moviéndose

En segunda instancia, el lugar donde vierto mi ánimo de describir e interpelar la movilidad particular que atraviesa ciertas experiencias dis/capacitadas del mundo, es en la segunda historia que cuento en la monografía. A partir de ella, me importa poner en tensión las dinámicas de dis/capacitamiento que se hacen evidentes a partir y a través de los movimientos cotidianos que los sujetos dis/capacitados efectúan dentro de la ciudad.

Con eso como base, en esta sección pongo a circular algunas ideas en torno a tres asuntos estructurantes: primero, los procesos de producción y de representación del movimiento y su vinculación con las imbricadas relaciones que existen entre la movilidad y el poder; segundo, algunas de las líneas a través de las cuales tal proceso se incorpora en la dis/capacidad; y tercero, aquellas estructuras de sentido que dicha incorporación hace posibles en y para los sujetos dis/capacitados.

¿QUÉ SIGNIFICA MOVERSE?

¿Quién se ha detenido alguna vez a pensar cómo se mueve cuando escapa de la lluvia por una calle sin escampaderos?, ¿a quién lo ha desvelado saber por qué se mueve cuando mira por la ventana del autobús que lo lleva al trabajo?; ¿quién acaso ha prestado detallada atención sobre la pregunta de para qué se mueve mientras anda en bicicleta por la arboleda del barrio?,

¿a quién se le ha ocurrido cuestionar qué implica moverse así o asá mientras revisa los estantes del supermercado para hacer las compras de la semana?

Todos esos cómo, por qué, para qué y qué son los que informan a aquello que se ha llamado *movilidad* en la teoría social contemporánea. Una movilidad que, aunque la presume de cierta manera, no es ni un sinónimo ni una identidad de la palabra ‘movimiento’.

El movimiento, cabe precisar, refiere a una suerte de *movilidad abstraída* que alude a un mero acto de desplazamiento desde un punto de partida hasta un punto de llegada. Mientras que la movilidad, por su parte, refiere a una *movilidad situada* que localiza y temporaliza a ese movimiento dentro de sus contextos de realización, percepción y representación. La movilidad entonces es un concepto que nomina al movimiento en tanto *cosa* socialmente producida, nada neutra, imbuida de significado e inserta en dinámicas de poder específicas (Cresswell, 2006, pp. 2-3).

La movilidad, así puesta, es un hecho bruto y real que —atravesado por operaciones que lo significan de una determinada forma— se convierte en una manera de ser y estar en el mundo en tanto es practicada, incardinada, experimentada e incorporada en un cuerpo que se mueve (Ibíd. 2006, p. 3). Un cuerpo que, de seguida, configura unas y otras experiencias subjetivas en torno a la relación que él mismo guarda con los sujetos, los tiempos, los espacios, las prácticas, las cosas y los modos que estructuran el mundo en el que se mueve (Torres Rodríguez, 2016b, p. 2).

Entender la movilidad en estos términos, implica desentrañar las líneas de fuerza en las que esta se apuntala pues, tanto la movilidad como el control que se ejerce sobre ella, reflejan y refuerzan dinámicas de poder que, en su turno, son espejo de una serie de prácticas y de discursos que instan

y/o prohíben unos u otros movimientos (Sheller & Urry, 2006, p. 211) a partir, bien de un poder disciplinario de la movilidad —ejercido sobre la corporalidad— que interviene las maneras en las cuales los cuerpos se mueven; o de un poder regulador de la misma —ejercido sobre el espacio— que interviene las condiciones y las posibilidades en las que los cuerpos se pueden mover.

EL KARMA DE MOVERSE DISTINTO

No todos los cuerpos se mueven igual, no todos consiguen moverse, ni tampoco todos pueden hacerlo como quisieran o hacia donde les gustaría; eso ocurre porque la movilidad es un recurso desigualmente distribuido y presupone un acceso diferenciado y asimétrico (Skeggs, 2013, p. 49). Ante aquello, no sobra recordar que toda movilidad —y, en este caso, toda movilidad dis/capacitada— deviene, está o resulta siempre entroncada con las estructuras materiales y discursivas que definen a donde pueden o no ir y por donde pueden o no moverse los cuerpos (Imrie, 2000, p. 1654).

Con todo, quizá la particularidad más interesante de esas estructuras es que suponen la existencia universal de un movimiento y de una movilidad sin restricciones de ningún tipo, de manera que, en ese sentido, comportan una hegemonía que, a la par que privilegia a ciertos modos de *hacerse móvil*, asume a todos los demás modos como incompletos, anómalos o inferiores (Ibíd. 2000, p. 1641). Ahora bien, si hay una cosa que cabe anotar sobre la presencia de esa hegemonía, son los efectos que esta puede tener sobre las corporalidades y las experiencias que encarnan movilidades distintas a las que ella favorece, en concreto, las de las subjetividades dis/capacitadas, cuya vida cotidiana es generalmente puntuada por una considerable cantidad de conflictos alrededor de la movilidad y del movimiento (Ibíd. 2000, p. 1645).

Dichos conflictos discurren en torno a la idea de que una movilidad dis/capacitada deviene, casi siempre, como un recordatorio constante de las limitaciones corporales de aquel cuerpo dis/capacitado que se mueve. De tal suerte que el movimiento termina haciendo patente a la dis/capacidad (Patterson & Hughes, 1999, p. 599) por cuanto la deja ver, la exterioriza y le confiere un carácter tangible a las limitaciones corporales que la sustentan. Lo anterior, de paso, configura un horizonte de posibles experiencias del mundo que resulta ser —a todas luces— significativamente diferente a ese que pueden tener aquellos que no poseen una movilidad dis/capacitada o que, de cualquier modo, no son dis/capacitados.

COMPRENDER AL MOVIMIENTO COMO UN ASUNTO POLÍTICO

Lo que resulta importante destacar de todo esto es que las experiencias del mundo que expresan los dis/capacitados son configuradas —en buena parte— por sus estrategias de movilidad, por cuanto las primeras se pueden sintetizar a partir de las segundas (cfr. Alex Berry, citado en Sullivan, 2015). Y entonces se entiende que moverse así o así encierra también una serie de posibilidades y condiciones ampliamente diferenciadas para hacer el mundo de una u otra manera.

Las tensiones que plantea esa cuestión son centrales en todos los casos que se cuentan en esta monografía, pero tal vez resultan más evidentes en la historia de Alejandra, una boccista a quien relato en las páginas del cuarto capítulo de este trabajo.

Su caso es particularmente sugestivo porque —además de problematizar la complicada relación que existe entre movilidad y dis/capacidad— representa una clara demostración de que ser dis/capacitado y atreverse al movimiento es encarnar un acto político potente, por cuanto en la llevada a término de una movilidad dis/capacitada emergen hondos interrogantes

hacia las estructuras socioculturales que han subalternizado históricamente a las movilidades-otras.

Entre fenómenos y héroes: el deporte como lugar liminal

Finalmente, mi preocupación por analizar el papel que el deporte y la condición de 'ser sujeto-deportista' juegan dentro del entramado de lo dis/capaz, orienta la tercera historia que cuento en la monografía. Es un eje que me importa rescatar porque entiendo que los deportistas con quienes construí el trabajo no son un segmento gratuito entre los sujetos dis/capacitados, sino que son personas atravesadas por marcadores particulares que los diferencian, no solo de quienes no son dis/capacitados, sino también de quienes no son deportistas —y menos atletas, de alto rendimiento— aun siendo dis/capacitados.

Siguiendo esa idea, en este apartado busco subrayar el lugar de enunciación singular del atleta dis/capacitado: primero, explicando la efigie de la ambivalencia que lo atraviesa; segundo, discutiendo el caso de la figura del súper-lisiado, que resalta su posición heroica; tercero, hablando del caso de Paralimpismo, que subraya la posición fenomenal de dichos atletas; y cuarto, exponiendo algunas líneas de fuga con las que los atletas dis/capacitados pueden romper el molde binario que el Paralimpismo y la figura del súper-lisiado les presentan.

LA AMBIVALENCIA DEL ATLETA DIS/CAPACITADO

Una parte considerable de la teoría sociológica estructuralista se ha apuntalado sobre la base de un orden sociocultural que opera mediante la distinción y la clasificación de las cosas por medio de significados opuestos, que se constituyen como tales en razón de dicha oposición. Un sistema de pares en el que la luz no puede definirse sin la oscuridad, la justicia no

[54] **para no caminar** sin antes haber gateado

puede hacerlo sin la injusticia y, entre otras, la normalidad no puede nombrarse sin la anormalidad. Con todo, esta estructura binaria de significación generalmente enfrenta un problema cuando se encuentra con cosas que no encajan en uno u otro lado del espectro que ella propone, cosas en medio de o al margen de él; aquellas que no son blancas o negras, sino que tienen por propiedad fundamental la ambivalencia (Giesen, 2011, p. 788).

En sociología, puede hablarse de al menos tres autores que han rescatado la fuerza explicativa de la ambivalencia al tenor de un esquema de opuestos: Georg Simmel (1950) describe con ella el carácter de aquello que condensa lo fijo y lo nómada en una unidad; Zygmunt Bauman (1996) la explica como el correlato caótico esencial de la función clasificatoria del lenguaje; y Neil Smelser (1998) la reconoce como un postulado psicológico en el que se amalgaman lo racional con lo irracional. En otras disciplinas, esta categoría ha hallado algún eco en las nociones del mundo de la vida (Husserl), del parecido familiar (Wittgenstein), de la liminalidad (Turner) e inclusive del rizoma y de los pliegues (Deleuze y Guattari) (Ibíd. 2011, pp. 790-792).

En todos esos casos —salvando algunas diferencias conceptuales puntuales— la ambivalencia aparece en un lugar difuso dentro del orden binario de clasificación sobre el que, no obstante, dicho orden trata de imponerse. En esa dinámica, cuando se hace evidente que esta no puede encajar en uno u otro lado de la estructura, la ambivalencia tiende a ser denotada como algo irregular.

Históricamente, muchos órdenes binarios han tratado a la irregularidad de las figuras ambivalentes de tres maneras, más o menos recurrentes, que han pretendido establecer distancia entre el nivel de los ambivalentes y el nivel de los que no lo son: la primera forma consiste en nombrar y hacer

visible la ambivalencia, para permitir que aquellos que la contienen puedan ser estigmatizados y, con ello, situados lejos de lo no-ambivalente; la segunda forma consiste en matar a los portadores de la ambivalencia, para aniquilar la posibilidad de que aquella contamine la esfera de lo no-ambivalente; y la tercera forma consiste en sacralizar a la ambivalencia y a quienes la encarnan, para garantizar que ambos sean elevados hacia un plano que está por fuera de lo no-ambivalente, porque lo supera (Ibíd. 2011, pp. 793-795).

Lo que importa rescatar en este trabajo es que esas operaciones con las que el orden binario lidia con las ambivalencias, se presentan en binomios de muy diverso calibre, inclusive en aquel que opone a la normalidad con la anormalidad. Y un caso que ilustra perfectamente las tensiones que la ambivalencia hace emerger en ese orden concreto es, justamente, el de los atletas dis/capacitados.

Eso se explica en tanto ellos, como atletas, explotan los valores positivos usualmente ligados al deporte (fuerza, bienestar, resiliencia, habilidad, etcétera); mientras que, como dis/capacitados, se vinculan a los valores negativos generalmente relacionados con la dis/capacidad (debilidad, enfermedad, victimización, incapacidad, etcétera) (cfr. Brown, 1996). Luego, son ambivalentes.

El punto, en todo caso, es que la ambivalencia del mote de “atleta dis/capacitado” que ellos cargan puede asumir uno u otro cariz dependiendo de cómo sea interpretada—tanto por quienes la encarnan como por quienes la leen. Algo que puede verse con más claridad en los siguientes ejemplos:

DE LOS ESCARABAJOS A LOS SÚPER-LISIADOS

La definición de héroe en la mitología helénica encajaba para aquellos mortales que tuviesen vínculos consanguíneos con los dioses del Olimpo y parte de su carácter heroico estaba dado en sus habilidades sobrenaturales,

[56] **para no caminar** sin antes haber gateado

entre las que se podía contar una excepcional destreza atlética. Su condición de mortales es, al menos parcialmente, aquella que le da peso su carácter mitológico, en tanto les impone dos imperativos importantes: el de la *aretē* o búsqueda de la virtud y la excelencia y el del *agōn*, o de la lucha y la conflictividad (Reid, 2016, p. 3).

La relación entre ambos es estrecha, puesto que el *agōn* es lo que posibilita que la *aretē*, eventualmente, se haga manifiesta. Héroes como Teseo, Hércules, Perseo, Aquiles, Odiseo y muchos otros debieron luchar para lograr su consagración como tales, ante todo, porque pesaba sobre ellos la carga de esos imperativos; el premio dado a su tenacidad humana (su *agōn*) era la gloria de inmortalizarse como héroes (la *aretē*).

Lo que resulta interesante de esta tradición es que los relatos heroicos en la Grecia Antigua, si bien eran principalmente narrados por autores como Homero, también eran frecuentemente iterados de manera ritual en las arenas de las polis por nadie menos que los atletas, cuyo papel era, básicamente, re-presentar los *agōnes* de los héroes mitológicos y exhibir la *aretē* que encerraban esas luchas ante una serie de espectadores que se reunía en torno a dicho acto —una competencia— en plena comunión (Ibíd. 2016, p. 5). Eso revela que, aunque los héroes no eran atletas y los atletas no eran héroes, había una innegable función social que los conectaba a ambos: la de construir comunidad a partir de, primero, un reconocimiento colectivo de la virtud heroica; segundo, una celebración de la lucha necesaria para alcanzarla; y tercero, una identificación con la figura del atleta en tanto vector fundamental de todo ese proceso.

Hay varios ecos que demuestran la vigencia de la función social que aquella figura atlética antigua tiene hoy, pero un caso bastante ilustrativo es el de Ramón Hoyos, Efraín ‘el Zipa’ Forero, Martín ‘Cochise’ Rodríguez,

‘Lucho’ Herrera, Fabio Parra, Nairo Quintana, Esteban Chaves ‘Chavito’, Rigoberto Urán y otros muchos de los denominados *escarabajos* colombianos en razón de su extraordinaria destreza para superar las etapas de varias vueltas ciclísticas nacionales e internacionales (Credencial Historia, 2005). El potencial de estos deportistas descansa sobre esa destreza, por cuanto es la herramienta con la cual ellos luchan por alcanzar la virtud que persigue su oficio deportivo: imponerse sobre geografías agrestes, competir más allá de las propias fuerzas, dominar el cuerpo y, por supuesto, ensalzar una idea particular de deportivismo.¹⁰

Los escarabajos de ayer y de hoy encarnan en su oficio ciclístico un paradigma heroico que juega en paralelo al de los héroes helénicos. Lo que se celebra de ellos es, fundamentalmente, su capacidad excepcional —sobrehumana, casi mítica— para romper los límites de lo corporalmente posible a partir de un trabajo ordinario de entrenamiento incansable. Allí aparece de nuevo el mortal haciendo gala de su *agōn* y vuelven los espectadores a presenciar la *aretē* propia de los héroes a través de competencias como la Vuelta a Colombia, el *Giro d’Italia* o el *Tour de France*. En otras latitudes, cosas como el culto alrededor de la figura del futbolista Diego Maradona en la Argentina, o el monumento en São Paulo, Brasil, a la memoria del piloto de *Formula 1* Ayrton Senna sirven como testimonios del estado mítico que han llegado a adquirir las historias de varios deportistas —tanto vivos como muertos— en la época moderna.

Con todo, llegados a este punto se puede defender la idea de que esos procesos de glorificación mítica del deportista tienden a acentuarse y a ga-

10 Un ejemplo más ancho de los alcances de esta retórica puede verse en el acontecimiento que representó para el país, sobre todo en las épocas de su génesis, la Vuelta a Colombia (cfr. Salazar Arenas, 2016).

nar mucha más tracción cuando de lo que se habla es de atletas dis/capacitados. Por demás, buena parte de esa inusitada fuerza es fruto de una construcción socio-mediática recurrente sobre estos deportistas en la que prevalece una narrativa minusválida de la dis/capacidad: la figura del súper-lisiado.

El súper-lisiado es una representación aparentemente positiva de los dis/capacitados que suele achacarles un carácter heroico en virtud de que sus capacidades funcionales son menores a las de la gente que no es dis/capacitada. Los presenta, primordialmente, como figuras estereotípicas, inspiradoras, corajudas y dedicadas —dignas de la fascinación ajena— cuyo único leitmotiv vital es el de superar la tragedia que significa su propia dis/capacidad (Silva & Howe, 2012). Así, el *agōn* del súper-lisiado de acuerdo a esta lógica descansa en la lucha que este sostiene *contra* su dis/capacidad para intentar llevar en todo tiempo una vida lo más normal posible y hacer todo cuanto la gente no dis/capacitada puede hacer.

De esta manera, algo que puede explicar la prevalencia acaso ultra-heroica del atleta dis/capacitado que planteo antes es, precisamente, la posibilidad de leer la excepcionalidad del atleta dis/capacitado desde la óptica súper-lisiada. Deduciendo que, si la *aretē* de atletas convencionales como los *escarabajos* se entiende como la regla base, la de atletas súper-lisiados puede verse como una exponencialmente más virtuosa.

El nadador colombiano Carlos Serrano, la corredora belga Marieke Vervoort, el halterófilo británico Ali Jawad y tantísimos más han sido en algún momento construidos como atletas súper-lisiados jugando con ese doble carácter (cfr. McRae, 2016; Menayo, 2016; Rubio Hancock, 2015; Sánchez Juárez, 2016; Silva Guzmán, 2017): por un lado, son héroes porque se anteponen respectivamente a su talla baja, a sus enfermedades degenerativas y a sus amputaciones para vivir vidas ordinarias —es decir, para hacer lo que

la gente no dis/capacitada hace cotidianamente— y por otro, lo son más aún porque se atreven a perseguir el deporte de alto rendimiento como su oficio profesional personal, incluso siendo dis/capacitados.

En este discurso, todos ellos por cuenta de sus dis/capacidades terminan imbuyendo su práctica deportiva con un aura súper-humana —que, de nuevo, raya con lo mítico— pues, de entrada, no se supone que debieran ser capaces de ser atletas por cuanto son dis/capacitados. Algo que equivale a decir que son gente increíblemente excepcional porque se animan a hacer deporte, y más aún porque pueden competir a niveles de élite, *a pesar de su dis/capacidad*.

EL PARALIMPISMO, UN ETHOS PARA ATLETAS DE SEGUNDA CLASE

Al otro lado del espectro puede ubicarse al código del Paralimpismo, cuya peculiar historia pone de relieve que, incluso desde sus inicios, el Movimiento Paralímpico ha buscado ser reconocido con un estatus igual o comparable al Olímpico (Schantz & Gilbert, 2012, pp. 362–364), apoyado ya no en retóricas de heroísmo, sino en un discurso que surge de rescatar el carácter terapéutico que se adivina del deporte para dis/capacitados.

En 1948 Ludwig Guttmann, un cirujano del hospital de Stoke Mandeville en Aylesbury Inglaterra, organizó como parte de un programa integral de rehabilitación, un certamen atlético internacional en el que compitieron 16 veteranos de la Segunda Guerra Mundial con lesiones graves de columna, todos dis/capacitados. La competición se llamó *Juegos Internacionales en Silla de Ruedas* y se llevó a cabo en el nada azaroso día en el que ocurrió la inauguración de los Juegos Olímpicos de verano de Londres de aquel año (Brittain, 2016, pp. 8–10).

Aquellos Juegos fueron uno de los primeros esfuerzos por dar seria cabida a la idea del deporte organizado para dis/capacitados en Occidente, a

ellos se les ha impuesto casi siempre el remoquete de ser la génesis histórica del Movimiento Paralímpico, y puede decirse que buena parte de los derroteros de los Juegos Paralímpicos modernos se debe a los adelantos que tuvo el evento durante el siglo XX, que incluyen un notable cambio de nombre en 1960: de *Juegos Internacionales en Silla de Ruedas* a *Juegos Paralímpicos*, a secas (Ibíd. 2016, pp. 11-14).

El surgimiento de los Paralímpicos vino de la mano con la apuesta del Paralimpismo, que ha buscado desde entonces elevar al deporte de élite para dis/capacitados a un nivel paralelo al de las Olimpiadas: mismo espíritu, misma exigencia, mismos códigos, misma logística, mismas fechas, mismas ciudades, etcétera. Hasta cierto punto, el Movimiento Paralímpico ha alcanzado ese objetivo, sin embargo, no lo ha hecho sin soslayar un problema bastante significativo que se resume en que ha desconocido que la naturaleza de lo Olímpico, las más de las veces, resulta directamente excluyente de lo Paralímpico, puesto que ambos suelen emerger como pares opuestos.

El asunto es que las narrativas del Paralimpismo han sido siempre un reflejo de su enorme diferencia frente al Olimpismo, aun cuando han pretendido enunciarse y articularse como homólogas a este. De tal suerte que, mientras el discurso del Olimpismo rescata una filosofía, una ideología y una estética deportivas de amplísima tradición (IOC, 2015, pp. 13-14), el Paralimpismo no tiene una estructura de valores o de prácticas que pueda comparársele; mientras que el primero está apuntalado en una fama, una impronta y una pregnancia que data desde las épocas de la Antigua Grecia, el segundo es un pichón cuasi-desconocido con una historia marcadamente joven; mientras que el Olimpismo de Pierre de Coubertin describe los derroteros de “una religión de los atletas” basada en una ética de la belleza, la armonía y el respeto (de Coubertin, 1935), el Paralimpismo de Ludwig Guttman describe al efecto rehabilitador que el deporte puede tener

sobre los dis/capacitados, a la luz de la capacidad latente de estos últimos para volverse productivos y pagar impuestos (Anderson, 2003, p. 473).

Así, se entiende que el Olimpismo ha sido extensamente construido en torno a un *ethos* bastante sólido y autónomo, a la par que el Paralimpismo ha sido hecho de una retórica vagamente copiada de o, cuando menos, mucho más simple que la del Olimpismo por lo que resulta inmensamente dependiente y aparece siempre relegada ante el modelo Olímpico. Casi como un niño pequeño que, imitando a su hermano mayor, se hace a la ilusión de que él mismo es grande.

Eso además dibuja un escenario en el que los atletas paralímpicos (y, de seguida, sus prácticas deportivas) son asumidos, representados y tratados como personajes secundarios frente a los atletas Olímpicos—un ejemplo sencillo que ilustra esa asimetría está en el cubrimiento mediático que reciben los Juegos Paralímpicos, comparado con el que reciben los Olímpicos. La dinámica de subordinación que emerge de la oposición entre uno y otro deportivismo es tal, que alcanza incluso a reverberar sobre la mismísima corporalidad de los atletas de ambos lados: mientras en los atletas Olímpicos se supone un óptimo estado de salud y de bienestar físico y mental; en los atletas Paralímpicos se adivina una condición de ser dis/capacitado por la cual, de entrada, no se posee un cuerpo enteramente saludable.

En consecuencia, mientras los deportistas Olímpicos representan el summum de la vitalidad y el poder humanos, los deportistas Paralímpicos devienen como ejemplos de un rendimiento atlético menos importante que —aunque ciertamente excepcional— está invariablemente precedido por la enfermedad, la dependencia y la poca capacidad productiva que se suele asumir como propia de los dis/capacitados. De modo que, si se los compara al tenor de esta lógica, un atleta dis/capacitado aparece siempre como *menos atleta* que su par Olímpico, sea cual sea y si es que existe.

SER O NO SER. EL (FALSO) DILEMA DEL EJERCICIO DEPORTIVO DIS/CAPAZ

Ahora bien, aun con todo eso puesto sobre la mesa, yo me arrojó a afirmar que la práctica deportiva es un lugar liminal para los atletas dis/capacitados, porque entiendo que ella puede permitirles jugar en los márgenes de esas construcciones discursivas que, o los victimizan o los inspiracionalizan. No solo desde la percepción que ellos mismos tienen de su dis/capacidad, sino también desde la manera en la que su dis/capacidad es proyectada hacia los otros.

Así, argumento que un atleta dis/capacitado es dueño potencial de una posición ambivalente dentro del orden de lo normal y lo anormal, desde la que puede leerse y escribirse a sí mismo a partir de su diferencia, ya no como un titán heroico, ni como un fenómeno digno de fascinación; sino como un agente que puede deconstruir activamente, a partir de su ejercicio deportivo, aquellas estructuras binarias de valores sobre las que descansan esos juicios de extremos opuestos.

La historia de Moisés, un rugbista en silla de ruedas, que cuento en el quinto capítulo de este trabajo pretende ilustrar, entre otras cosas, la enorme potencialidad que tiene ese lugar de enunciación del atleta y del deportista dis/capacitado en tanto figura liminal que, además, interpela fuertemente el orden hegemónico de la normalidad al decirle:

—¡Mira!, no puedes clasificarnos. No somos ni fenómenos, ni héroes. Y eso es bonito y está bien.

De un lado, porque demarca un sitio desde el que el deportista puede apropiarse de su dis/capacidad, agenciar sobre ella y entenderla de mejores maneras. Y del otro, porque funciona como un mecanismo de socialización que hace visible a la dis/capacidad desde una óptica distinta a la que propone el orden binario, una que resignifica la lógica dual que lo sustenta hasta el punto en que acaba por superarla, con creces.



nadar, viajar

y (sobre)vivir

A Paula Lara la mueve su marcada determinación de ganar, se ha paseado por el mundo cosechando triunfos nadando y, tras varios años de hacerse pez en el agua, no parece amagar detenerse con sus victorias. Ni en el deporte, ni en la vida

Aquel miércoles en el que fui a charlar con Paula, la encontré en un costado del gimnasio del Complejo Acuático Simón Bolívar de Bogotá, sus ojos miraban hacia el frente con una fijeza absoluta mientras ella luchaba contra el cansancio de la jornada, que parecía estar dibujado en su menuda figura.

La saludo. Ella me lanza una sonrisa de vuelta mientras se seca con el revés de la mano algunas gotas de sudor que se le cuelan entre la frente. Su entrenadora le ayuda a acomodarse un par de cauchos *theraband* en las muñecas y ella, a la par que emprende el ejercicio, empieza a jinetear también la charla.

Me cuenta que lleva ya casi siete años practicando natación, entrenando de lunes a sábado, a veces con gimnasio o dobles jornadas de por medio. También estudia por las noches y generalmente mantiene una agenda muy justita. No ha sido cosa fácil, pero ella parece disfrutarlo bastante.

LA FICCIÓN DE LA SIRENA

Estaba cursando cuarto semestre de contaduría cuando la invitaron a participar de la Liga Distrital de natación. Y a pesar de que conocía poco sobre el deporte paralímpico, aceptó la propuesta con reparos más bien cortos— aunque no sin nervios mediante.

Dos meses después de esos escarceos iniciales, estaba siendo premiada en su primera competencia oficial.

Con comedido modestia, ella me aclara que en eso pudo haber incidido el hecho de que fue la única clasificada en la categoría S3 dentro de la Liga en sus primeros años, “como no había casi nadie en mi categoría, mis entrenamientos fueron siempre para superar mis propias marcas y no las de otros”, dice.

En cualquier caso, las medallas no dejaron de llegarle.

—Pero no es como si yo fuera una sirena o algo por el estilo. Es solo que con el tiempo he ido viendo que el deporte me ha ayudado a superar muchas de las barreras que tenía en la cabeza antes de que todo esto empezara. Creo que las medallas son solo muestras de ese cambio personal.

Hace una pausa y luego remata con un tono filoso y decidido —Sí, yo siento que la natación me ha abierto los ojos.

No puedo evitar notar el brillo de sus pupilas cuando me comenta que una de las cosas que más agradece del deporte es que la ha ayudado a aceptar su dis/capacidad y, de paso, a descubrir su propia independencia.

RODAR Y RODAR

Desde bien pequeña, a Paula los médicos le descubrieron una poli-neuropatía degenerativa que la ha mantenido andando por la vida en una silla de ruedas casi desde que ha tenido uso de razón; pero eso no asoma a completarla: “desde donde estoy, sé que hay otras personas que viven situaciones diferentes e, incluso, mucho más difíciles que la mía, así que voy bien”.

Eso, sin embargo, no la hace ignorar que el rodar lleva implícitos sus propios desafíos. Recorrer la ciudad, por ejemplo, en ocasiones le resulta particularmente difícil.

—Yo casi siempre me he movido por circuitos más bien cerrados porque mi casa queda cerca de la universidad y de otros lugares que frecuento —dice. —Pero a veces tengo encontronazos con alguno que otro andén imposible y entonces me toca bajarme a la calle.

“Por suerte mi papá”, continúa, “es quien me trae al Complejo en el carro particular de la familia y cuando hay pico y placa mi hermano le hace el relevo llevándome empujada por la ciclorruta desde su bicicleta. Cuando ninguno de los dos puede acompañarme opto por tomar un taxi”. Me cuenta que ‘los amarillos’ son sus mejores aliados cuando va sola, porque no es que confíe mucho en los buses del SITP y tampoco es usuaria asidua de Transmilenio.

—Aunque algo que aprecio mucho de ese sistema y de rodar por fuera es esa sorprendente disposición de los demás para colaborarme cuando ven que estoy pasando dificultades. Creo que Bogotá, en ese sentido, es muy accesible, porque la gente generalmente suele tratarte bien.

Como su cauteloso apunte llama mi atención, me animo a preguntarle algo: —ese “generalmente” quiere decir que no te pasa siempre, ¿me equivoco?

—Pues, como todo. Hay casos de casos. Por ejemplo, cuando la gente me ayuda como si necesitara ayuda (aunque no la necesite) yo casi nunca digo nada porque entonces ese otro que quiere ayudarme tiende a recurrir a la grosería; pero sé que esas cosas pasan porque hay quienes no saben cómo relacionarse conmigo, por aquello de que estoy en una silla de ruedas.

Sin embargo, ella es enfática al señalar que —a pesar de eso— no le molesta la ayuda de otros: “a veces hasta espero una cierta colaboración con

algunas cosas y algo muy lindo de Bogotá es que la gente casi nunca es indiferente ante eso; algo que sí he visto y vivido en otros lados”.

DIARIO DE VIAJE

Su tono medio despreocupado al decir “otros lados” es engañoso, porque esconde que ella tiene en su haber un itinerario envidiable de viajes: nacionalmente ha estado ya en la Guajira, en Medellín, en la Costa Atlántica y en San Andrés; mientras que en el resto del mundo se ha paseado por España, Perú, Ecuador, Argentina, México, Italia, Canadá, Alemania y Estados Unidos. Más de la mitad de esos lugares los ha conocido por cuenta del deporte.

—En Perú, por ejemplo, la gente es más bien arisca, y como Lima no es plana como puede serlo Bogotá, sino que parece Medellín por estar llena de caminos sinuosos y elevados, eso implicó para mí bastantes problemas cuando anduve por allá.

Una vez estando en el Museo Larco de Lima, me cuenta, le negaron la entrada a una sala particular sobre las tayatingas. “Allá solo se podía acceder por vía de escaleras y nadie se ofreció a alzarme para subir, como seguramente hubiese ocurrido en Colombia, así que no pude verla. Esa vez me sentí extremadamente excluida”.

Aunque desde entonces no va mucho a museos, le encanta ir de paseo en familia porque en su compañía esos problemas dejan de existir: si no es porque su hermano la lleva a tuta, es porque su papá le procura el carro o porque su hermana la empuja por los empedrados. “Con ellos siempre hay alguna solución posible”, dice.

Ahora bien, tal y como ha tenido experiencias tremendas por fuera, ella rescata que también ha habido otras que la han marcado positivamente. “Estados Unidos es un país muy, muy accesible”, apunta; “pero en definitiva es Canadá la que, para mí, se lleva el premio en ese sentido. Allá no

había lugar por el que yo no pudiera andar: el transporte, las aceras, los senderos, los edificios, las calles... ¡todo absolutamente accesible!, era increíble eso”.

—Yo creo que es ahí en donde una se da cuenta que en Bogotá (y en Colombia en general) el asunto va muy atrasado, aquí las rampas de muchos lugares son ridículamente empinadas y muchos de los buses del SITP son todo un desafío porque no tienen sino escalones y porque no a todos les cabe una silla por las puertas.

DESARMAR LA JUNGLA DE CEMENTO

“Aquí es chévere eso de que te traten bien” —me comenta— “pero no es suficiente, porque aunque Bogotá es relativamente accesible está llena de lugares que son terribles, sobre todo, comparados con los de otros países. Por ejemplo, el centro de Lima parece europeo o canadiense; mientras que por el de aquí es infernal andar en silla de ruedas”.

Con todo, Paula precisa que no se iría a otro lado por esas cosas. Que barreras hay en todos sitios. Que ella se ha vuelto recursiva para sortearlas. Y que tampoco es como si fuese el fin del mundo.

—Digo, al menos aquí nunca he sentido que me hayan victimizado por la silla; sino que, por el contrario, la gente me ha animado a ir y venir sin detenerse mucho en ese detalle.

“En Bogotá”, continua, “los discapacitados hemos empezado a ser más visibles y creo que eso ha incidido en que la ciudad sea cada vez más incluyente”.

Ese, siquiera, es un buen primer paso.

Para cuando nuestra charla termina, Paula está descansando en el banco de la máquina de abdominales. Tiene la respiración descolocada, pero una satisfacción contenta le persiste en el rostro.

—Eso que este ha sido un día relajado —me dice, traviesa, tan pronto advierte mi mirada.

Nos despedimos mientras su entrenadora le ayuda a acomodarse una moña entre el cabello a la par que ella se impulsa hacia su silla. La cara rubicunda le delata la fatiga.

Ella se aleja por la rampa del costado y yo me quedo mirando, sobre el balcón exterior, como las hebras de su pelo recogido juegan con la brisa que produce el vaivén de aquella ancha y pesada silla suya que la ayuda a negociar, día tras día, con aquella ciudad medio hostil y medio amigable que ella, aparentemente, nunca puede dar completamente por sentada.

An abstract graphic composed of several overlapping, organic, yellow shapes that resemble a stylized figure or a complex path, set against a light gray background. The shapes are layered, with some appearing in front of others, creating a sense of depth and movement.

el problema

de la ciudad-laberinto

Menos tarde que temprano, Alejandra Carrillo pasó de no conocer el boccia, a querer alcanzar una plaza en la selección nacional de este deporte. Hoy, la azuzan dos ilusiones: la de romper la barrera internacional y la de poder patear algunos traseros lanzando pelotas.

El boccia no es una cosa muy conocida. A pesar de ser un deporte paralímpico de larga data, en Colombia no cuenta con el abrumador fervor que tiene el fútbol, ni con el montón de entusiastas que ven a los nuevos escarabajos conquistar cumbres encima de un caballito de acero.

Es, en cualquier caso, un deporte medio extraño que no tiene parangón con ninguno que exista dentro del programa olímpico. Combina las lógicas de juegos como la petanca y el tejo, con cuidadosas estrategias de precisión que, de cuando en cuando, recuerdan al ajedrez.

La cuestión funciona así: los partidos se juegan con siete pelotitas de colores que reciben el nombre de bochas, una es el *jack* blanco que se arroja al principio del juego como la bola de referencia y las otras son de colores, seis azules para un equipo y seis rojas para el otro. El objetivo es lanzar las bochas propias lo más cerca posible del *jack*, al tiempo que se procura bloquear o entorpecer el camino de las bochas del equipo contrario. Se confieren puntos de acuerdo a la cercanía de unas y otras con respecto al *jack* a lo largo del juego. Un partido generalmente dura seis periodos y un periodo se extiende hasta que todas las doce bochas han sido lanzadas. Al final, gana el equipo que haya sumado la mayor cantidad de puntos.

Bueno, así explicado es una cosa, pero practicado es mucho más entretenido.

Esa fue, detalles más detalles menos, la charla iniciática que Alejandra recibió hace unos cuatro años cuando —en medio de una reunión informativa sobre deportes paralímpicos— conoció por vez primera el boccia.

“Aquel día”, me cuenta, “mi universidad organizó una especie de feria deportiva y me alentaron a escoger una actividad que me gustara. Yo, primero entre ajedrez o tiro, me terminé yendo hacia el boccia porque me causaba mucha curiosidad”. Desde esa tarde la invitaron a asistir a los entrenamientos de la Liga y ella, ni corta ni perezosa, se animó a dar el salto de fe en un santiamén.

—Al principio fue algo difícil porque yo no sabía nada del boccia, ¡pero ni por las curvas! Entonces la cosa era de tener paciencia, de aprender todos los días y de mejorar despacito. Luego, el tiempo y la práctica me fueron llevando a conocer mucho más a fondo el deporte.

No muestra reparos al detenerse sobre lo impactantes que le resultaron los entrenamientos. Para esa época apenas llevaba dos años de su vida yendo o viniendo en silla de ruedas y en todo ese tiempo siempre había estado rodeada de gente caminante. Pero allá la recibió todo un pequeño regimiento conformado, en su totalidad, por atletas en silla de ruedas—algunos mucho más ágiles y diestros que ella, otros no tanto.

“En esos circuitos se encuentra una con discapacidades de todas las formas y tamaños habidos y por haber: que el gordo, que el flaco, que el chueco, que el no tan chueco”, dice. “Y eso es muy chévere, porque te ayuda a cambiar la perspectiva, de repente entiendes que ya no se trata solo de tu discapacidad”.

Con todo, reconoce que una de las cosas más difíciles en su momento fue conciliar los horarios para poder entrenar. Hace poco se graduó como trabajadora social así que eso actualmente no le representa un problema, pero cuando estaba estudiando sí alcanzó a sentir con harta fuerza las presiones y la intensidad de las jornadas.

—A veces solo podía venir a la mitad de los entrenamientos y otras, de plano, me tocaba faltar. En muchos días tuve que decidir “... o boccia o la universidad” y pues, aunque mi prioridad claramente ha sido el estudio, yo siempre procuré esforzarme para poder combinar las dos cosas.

CAMALEÓN SOBRE RUEDAS

Como la Liga de boccia entrena en el coliseo cubierto del Parque Metropolitano El Tunal en Bogotá y Alejandra vive lejos de ahí, le resulta obligatorio hacer, de lunes a sábado, unos viajes considerablemente largos para llegar. En ese sentido se lleva bien con el Transmilenio, porque sabe que al menos la lleva rápido y porque es uno de los pocos medios de transporte que no pone mucho lío a quienes están en silla de ruedas.

—Hay ocasiones en las que me subo en los buses del SITP, pero son más bien pocas. Me va mejor con las rutas del ‘Transmi’ porque ya me las he memorizado y porque en las estaciones no tengo que esperar a que pase un bus ancho por el que quepa mi silla, como sí me ha ocurrido con los otros, porque no todos son accesibles.

Para ella, enfrentarse a las calles, los edificios, los andenes y etcétera para circular por la ciudad, encierra desafíos similares. Los huecos, los desniveles, las piedras sueltas, los sube-y-bajas, los sitios complicados y los lugares poco o nada accesibles abundan por todos lados. “Es como un laberinto”, comenta, “cualquiera puede ver que Bogotá no está adaptada para personas discapacitadas, y menos en silla de ruedas. A la ciudad le falta mucho en ese sentido”.

—Como la ciudad no está adaptada a nosotros, remata, la cosa sucede al revés y somos nosotros quienes nos terminamos adaptando y acoplando a ella.

La de Alejandra con la ciudad es una relación que puede decirse algo complicada; su estrategia para llevarla bien, sin embargo, es una muy audaz: ser como el camaleón y procurar sortear los obstáculos cotidianos con cierta maña.

—Mi desafío siempre es el de conocer los lugares con antelación y planear así mis rutas. Si yo voy a ir a alguna parte previamente tengo que preguntar qué tal es ese sitio: si hay muchos andenes, muchos huecos, pocas rampas y esas cosas. Es mi manera de ir tanteando el terreno.

Ese proceso lo ha hecho ya tantas veces y por tanto tiempo que ya parece tenerlo incorporado en la cabeza como si fuese un programa de fábrica. Y eso de saber por dónde puede y por dónde no puede moverse, antes que dejarla triste, le ha evitado varias sorpresas desagradables: “Al final de cuentas”, dice, “no se trata de que uno se quede en la idea de que no puede hacer ciertas cosas por su discapacidad o por el hecho de andar en una silla de ruedas; porque así como no se hacen algunas, se pueden hacer otras. La silla te abre puertas y oportunidades distintas, eso es todo”.

APRENDER A HACERSE ANDANDO

Entre otras cosas, el hacer deporte en silla de ruedas ha sido algo que le ha ayudado a ver su experiencia con esos ojos y a normalizar el hecho de montarse en una silla para salir a la calle. Hinchaba el pecho cuando reconoce que el deporte le ha permitido ser más independiente.

—Sí, al principio casi siempre había alguien que me llevaba de aquí para allá, pero desde que me metí de lleno con los entrenamientos empecé a venirme sola. Tuve que aprender a andar por la calle y aprender a andar

en Transmilenio, todo por mi cuenta; pero el boccia me ayudó muchísimo con ese tránsito, porque también me enseñó cómo usar mi silla de mejor manera.

Si bien todavía camina cuando está en casa, la silla es su principal aliada. El primer encuentro que tuvo con una ocurrió hace seis años, luego de que la neuropatía que le diagnosticaron recién cumplió dos primaveras la conminó a sentarse en una para andar por tramos largos.

Aquella era un armatoste estorboso y pesado. En ese entonces —recuerda— tenían que llevarla y empujarla para todos lados, porque le sobrevivía la manía de empujarla con los pies antes que con los brazos. Pasado un tiempo superó ese tic y, tras una que otra tutela de por medio a su E.P.S., fue consiguiendo otras sillas mejores hasta que llegó a la que tiene ahora: pequeña, hecha a su medida y tan, tan liviana que tiende a írsele de para atrás a veces.

La fue conociendo y se cayeron bien, aprendió a manejarla en los entrenamientos y ahora, hecha ya todo un as de la silla, puede verse como pone en práctica ese conocimiento en otros sitios. El cambio la llevó a defenderse sola por la ciudad y eso —reconoce— le ha venido bastante bien: “no soy de quienes se quedan en casa”, dice, “prefiero salir, rodar, conocer. Más bien se me da fácil y lo hago sin miedo”. Y bueno, a decir verdad, se nota que le encanta recorrer Bogotá en todas las direcciones cardinales.

—El asunto es que a medida que fui cambiando la silla, fue cambiando también mi vida. A mí por fortuna ya no me cuesta manejarla como antes, he mejorado con el tiempo y ahora tengo más fuerza en los brazos por aquello de tener que remar todos los días. Así que cada que puedo me voy de andariega por ahí. Cuando lo hago sola frecuento por donde ya conozco; pero cuando lo hago con compañía, casi que ando por donde sea, porque sé que cuento con esa ayuda extra del otro si la llego a necesitar.

LLANTAS EN POLVOROSA

Oírla hablar de su silla es como escuchar de un viejo amigo suyo, de esos muy queridos: “es que mi silla son mis piernas”, dice, “entonces, como es prácticamente una parte de mí, yo la cuido, la consiento y procuro manejarla con atención (...) por eso también trato de andar por lugares amigables y accesibles, porque no solo estoy pensando en mí, sino también en mi silla”.

Aunque no ha tenido mayores inconvenientes al respecto, sí lo piensa dos veces antes de echarse a andar por lugares como el Restrepo, Ciudad Bolívar o el Centro Histórico, a los que considera más bien difíciles.

—Pues, para mí es relativamente fácil defenderme sola y no necesito de las ayudas que pueden necesitar otras personas en silla de ruedas; pero eso no quita que a veces me encuentre con sitios que me ponen una barrera al frente y me dicen “por aquí no puedes pasar”.

En ese sentido, ella opina que el norte de la ciudad está lleno de facilitadores y es más accesible porque los espacios son más amplios, más despejados y son bien mantenidos; mientras que en el sur ocurre lo contrario porque todo resulta más estrecho, más compacto y, generalmente, está pobremente conservado. Aunque la cuestión, en realidad, se le antoja mucho más estructural:

—Lo que pasa es que quienes hacen las casas y diseñan los espacios de la ciudad casi nunca piensan en responder a nuestras necesidades, sino que piensan en los caminantes y nada más. Eso se hace un problema cuando una se topa con lugares poco adecuados, con puertas por las que no cabe una silla de ruedas, con sitios por donde no se puede una mover, con terrenos demasiado escarpados e imposibles o, de plano, con la discriminación de alguna gente.

Como es la primera vez que la oigo hablar del tema, no me aguanto las ganas de preguntárselo sin anestesia: —¿y es que a ti alguna vez te han discriminado por este asunto?

—No. No me ha tocado vivirlo muy directamente —dice—; pero no he sido ajena al tema... si es que hasta el Alcalde mismo ha pecado con eso. Por ejemplo, cuando una ve que este señor le sube al transporte al tiempo que reduce los subsidios para discapacitados; y cuando una va y protesta por eso y lo que recibe de vuelta son gases lacrimógenos y no oídos que escuchan razones... ahí una se siente discriminada, porque es como si tocara luchar el triple por todo.

Al respecto, Alejandra me comenta que lo que le hace falta a la ciudad es, sobre todo, dar una respuesta a ese tipo de actitudes. Ella cree que es necesario que la gente asuma el reto de tomar conciencia y de aprender sobre la dis/capacidad para que deje de sentirla tan extraña, para que problemas como ese empiecen a hacerse visibles y para que el tema pueda empezar a ser tomado más en serio—como debería ser.

CON LOS PIES EN LA TIERRA

Hay un silencio. Lo aprovecho para quedarme por un rato pensando en ese asunto. Y tras darle un par de vueltas creo que puedo ver claramente algo, el problema de fondo que plantea ese panorama es uno sobre la compasión. Cuando le comparto esa idea, ella rápidamente me secunda:

—Sí, la cuestión es que los discapacitados somos más bien una minoría y la gente no llega a conocer del tema si no nos conoce a nosotros. Hay a quienes les queda muy difícil ponerse en mis zapatos y no es sino hasta que les toca de alguna manera que pueden empezar a enterarse de cómo es esto.

Con todo, remata, “eso no es algo que me preocupe demasiado. Yo no vivo ni frustrada, ni resignada, ni con rabia o impotencia por estar en una silla de ruedas o por ser discapacitada. Por el contrario, yo en la ciudad me siento liberada, porque veo que soy capaz de hacer muchas cosas. No me cambiaría por nadie, porque me siento bien conmigo misma así como soy”.

Escucharla decir eso con tanta certidumbre se me hace refrescante y es apenas el cierre justo para nuestra nutrida conversación.

Al fondo se escucha un pito que, insistente, indica que el partido de calentamiento pronto va a comenzar. No sin reparos, nos despedimos. Su último gesto es mirarme inquieta, con los ojos desbordados de quien se anticipa ganador, antes de remar hacia su lugar en la cancha.

Y aunque las ruedas de su silla se mueven, yo no puedo dejar de pensar que ella parece tener siempre los pies bien puestos sobre la tierra.

An abstract graphic consisting of several overlapping, flowing yellow brushstrokes that create a sense of movement and depth. The strokes are layered, with some appearing in front of others, and they generally trend from the upper left towards the lower right.

como ir

haciéndose campito

En los Paralímpicos de Tokio 2020, Moisés Alonso planea culminar su larga carrera como jugador élite de rugby en silla de ruedas. En el camino hasta entonces, solo lo desvelan dos cosas: el poder transmitir toda su experiencia a los nuevos entusiastas del deporte y el disfrutar enormemente de lo que resta del viaje.

Al entrar, Moisés desliza con sutileza su silla por la rampa que da a los vestieros del Coliseo Cayetano Cañizares. Y, como es usual, tan pronto llega empieza su repartija contenta de “quiubos” y “qué tales”. Lo veo moverse con agilidad felina por la ronda de banquetas que adosa el sitio mientras espero mi turno. Cuando llega a donde estoy sentado no tarda en ofrecerme una sonrisa, —¿Qué se cuenta hombre?, ¡qué bueno verlo por aquí! —me dice mientras me extiende su muñón derecho cual estrechón de manos.

—Le cuento cuentos si quiere, ‘Moiso’ —suelto medio jugueteón. — ¡Mentiras!, yo nomás venía a hacerles una visitica, como por no perder la costumbre... bueno, a eso y a robarle un poquito de su tiempo también, si me lo permite, claro.

Más demoro yo en terminar de decirlo que él en responderme, sin asomo alguno de duda:

—¡Pero claro chinazo!, eche el cuento pues, ¿pa’ qué es que soy bueno?

LA MAGIA DE LAS PRIMERAS VECES

‘Moiso’ es quizá el más antiguo atleta de la actual selección distrital de rugby en silla de ruedas. Lleva más de nueve años en carrera y ha pasado por más o menos cinco equipos distintos. Comenzó cuando la cosa era apenas un tímido germen en la escena del deporte adaptado, en las épocas en las que no había de otra sino practicar en un parque cualquiera, sin sillas especializadas ni nada por el estilo.

Es de los pocos que ha tenido el chance de ver evolucionar al deporte de primera mano, desde aquellas tardes en las que se estrenó en el equipo inicial por invitación del técnico de entonces; pasando por ser parte del surgimiento de uno de los clubs pioneros del deporte en Colombia; hasta llegar al año pasado, tiempo en el que presenció cuando el rugby en silla hizo su entrada oficial en la carta de Coldeportes y del Comité Paralímpico Colombiano.

Según me cuenta, él no había practicado antes otro deporte. Ni adaptado ni de otro calibre. Pero cuando empezó a jugar rugby encontró, definitivamente, todo un camino por andar.

—Yo me di cuenta de que tenía madera para este deporte desde la primera vez que me monté en una silla de rugby. Me encantaron la adrenalina y la agresividad que son tan propias del juego. Y ahí dije: “si no es el rugby, no es nada”. Ahora, yo no creo que pudiera animarme a jugar otra cosa.

Con el tiempo, dice, empezó a entender al rugby como todo un *modo de vida*. Se hizo a la idea de practicar con arrojo y emprendió sin recelo la escalada: primero de un equipo al otro, de ahí a un club y luego a la Liga distrital con la que jugó, en 2008, su primer campeonato en el que fue declarado como el jugador más valioso de la temporada. En ese momento descubrió que el mundo del deporte de alto rendimiento era su salsa.

UN FANTASMA INTERMITENTE

Él se muestra humilde y modesto frente a los logros deportivos que reconoce en el equipo del que hoy forma parte: “siempre estamos aprendiendo nuevas cosas”, me dice, “todavía nos falta un montón, aunque a este nivel todo se hace más sencillo (...) incluso manejar la silla ya es súper fácil”.

—Es que realmente el deporte nos ha cambiado a todos. Aquí la discapacidad casi no se siente. Si lo nota, mis compañeros son cuadripléjicos y se defienden ellos solos, entonces creo que hablar de discapacidad aquí como que no pega.

Muchos de sus compañeros, comenta, llegaron a entrenar tras accidentes graves y ni siquiera podían mover la silla por su cuenta. Hoy, años después, no veo a uno solo que llegue acompañado o necesite demasiadas ayudas extra.

—La cuestión —me explica— es que aquí no hay muchas contemplaciones que digamos, con el rugby uno tiene el chance de darse duro con todo el mundo y para eso hay que dejar de lado la idea de que uno es como una porcelana solo por estar en una silla de ruedas.

‘Moiso’, en ese sentido, tiene lesiones considerables en sus cuatro extremidades desde su nacimiento por cuenta de una quadri-amputación congénita, pero es presto en reconocer algo crucial: “como nunca me criaron con la lógica del ‘pobrecito’, entonces mi rehabilitación fue mi crianza”.

El deporte, si acaso, consolidó en él la costumbre de ser independiente y de valerse por sí mismo. Su silla, para la muestra, es semi-deportiva y no tiene manubrios sobre el espaldar para ser empujada por otra persona.

Como para tantear el asunto me atrevo a lanzarle una pregunta algo incisiva: —Ve, pero así independiente y todo, ¿usted no se ha sentido dis/capacitado dentro de la ciudad alguna vez?

—Ah no, pues es que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa —dice—. Lo que pasa es que la discapacidad es como un fantasma, uno solo viene a verla cuando se encuentra un andén que no tiene rampa, unas escaleras o algo así. Pero de resto, desde que haya accesibilidad, no hay lío.

—¿Eso es un sí o es un no?, insisto.

—Digamos que es un... a veces. A veces toca negociar un poco y buscar soluciones: por ejemplo, cuando no hay rampas o cosas así uno se va hasta donde haya, al menos, un andén bajito; y cuando hay escaleras o algo realmente impasable, pues, yo le pido ayuda a la gente por ahí. Aunque no es que me guste mucho hacerlo, prefiero mi propia autonomía.

FÁBULA DE UNA RELACIÓN EMBARAZOSA

Moisés sorteja la apretada agenda de su vida cotidiana más o menos así: se levanta a las cuatro de la mañana, desayuna y sale de su casa en Engativá hacia su lugar de trabajo en Niza, donde vende galguerías al rayo del sol más o menos hasta la una de la tarde, si el día está bueno; luego, saca una ventanita para ir a almorzar y se va a entrenar desde las tres hasta el borde de las siete de la noche... el resto es devolverse, cenar, dormir cuanto se pueda y repetir la rutina, seis días a la semana.

Los vericuetos de su ir y venir, eso sí, no son tan sencillos como suenan.

Como casi todos los usuarios veteranos de silla de ruedas, Moisés prefiere andar por la calle antes que por los andenes, plagados de bolardos, bajadas bruscas y otros obstáculos. Le gusta remarse la ciudad en la silla; usa poco los taxis y, aunque no es enemigo de los buses, sí procura evitar al Transmilenio como a la plaga:

—Ahora casi que ando exclusivamente en SITP. Ese sistema ha mejorado bastante la flota con esto de la amplitud de las carrocerías y las ca-

mas bajas de alguno que otro bus; y como muchos de esos son más accesibles a mí no se me complica la vida. Aunque sí procuro salir media hora más temprano porque en las horas pico se hace incómodo y complicadísimo el transporte.

A veces, me cuenta, ha tenido que discutir con los conductores de los buses: porque no bajan la rampa de las puertas, porque la cama baja no alcanza a llegar al sardinel, porque quieren arrancar de una y hasta porque lo han acusado de no querer pagar el pasaje.

—¡Já! Pues no serán muchos los que me he topado, pero algunos sí piensan que quiero irme gratis cuando la verdad es que la silla no me cabe por el pasillo para llegar al torniquete. Ha habido incluso quienes paran el bus y todo, esos que luego se delican porque uno les dice: “arranque, fresco. Tome, le pago, pero pues le toca venir a usted por la tarjeta”.

Por cosas así, Moisés y Bogotá parecen dos tórtolos en medio de una relación peliaguda: a él, por un lado, le encanta vivir allí pues dice que “la ciudad es un buen vivero, es muy bacana, aunque le falten cositas, como esa y otras tantas, por arreglar”; mientras que, por el otro, le representa un cierto desafío todos los días, porque “yo diría que Bogotá me trata como regular tres cuartos, si uno ve, sus calles no están diseñadas para un discapacitado en silla de ruedas, entonces es complicado”.

—La 100 con Autopista es terrible —me dice— No encuentra una rampa pero ni por equivocación y todo (el andén, la calle...), todo está vuelto nada. La mayoría de veces me toca, o cambiar de ruta, o buscar el pedacito del andén que esté menos alto, o pedir ayuda.

—Pero usted ya me mencionó que eso no es que le emocione mucho, ¿verdad?

—Sí. Pedir ayuda me molesta mucho, pero en últimas es una opción. Ya si no hay nadie por ahí que pueda o quiera colaborar, me toca bostarme de una; el problema es que eso daña las puntillas de la silla y la maltrata.

—¿Y cómo le va a usted con la silla, ‘Moiso’?, ¿me imagino que se llevan bien?

—Claro. Yo le hago mantenimiento una vez al mes porque, pues, mi silla son mis pies. Es una extensión de mí mismo, así que toca cuidarla mucho y procurar tenerla siempre en buen estado.

—Tendrá ya bíceps de acero de andar empujándose con ella casi que toda la vida...

—¡Qué va!, ¡tampoco! Normal. En sí manejar una silla es fácil—y más la mía que es liviana y cabe por todos lados. Lo que pasa es que el deporte le da a uno una especie de *extra* que es el que hace la diferencia: un atleta rema distinto a otro discapacitado... con más fuerza, con más poder; como con estilo. Y, claro, el deporte le ayuda a uno a eso porque enseña y afila los truquitos para manejar la silla, cosa que ya uno encuentra un obstáculo y lo puede sortear mejor. En ese sentido, mi facilitador primordial ha sido definitivamente el rugby.

—Ah, pero mire que se le ha dado la cosa...

—Sí, aunque en general yo siento que Bogotá no es accesible porque esos obstáculos no deberían existir en primer lugar.

—Pero entonces, ¿usted cree que la ciudad responde a las necesidades de los dis/capacitados o no?

“No”, responde tajante. “Pero no solo porque los sitios tengan o no rampas, porque las puertas sean o no lo suficientemente grandes, o porque las

calles sean o no transitables; sino también porque a la gente le falta ser algo más humana y tener más respeto por los discapacitados”

—¿Cómo?, ¿qué me le hicieron luego para que diga esas cosas pues?

“Chinazo”, precisa, “yo no lo digo de ardido ni nada de eso. Pero es que basta ver como la gente, por ejemplo, se roba olímpicamente los espacios de los discapacitados en los buses; o como la administración vive quitándonos beneficios de la Alcaldía anterior como los cuidadores del programa 7/21, los subsidios para transporte o los bonos para darse cuenta. Esas cosas se me hacen sumamente irrespetuosas. Y si no hay respeto, pues, no hay nada”.

“Aunque uno ya después de andar tanto tiempo en la silla aprende a vivir su propio cuento y a ir haciéndose campito con todo y eso, como en el rugby... o casi, porque los choques... esos suelen quedarse solo en la cancha”, —remata riendo suavemente.



final de viaje

un modelo-otro para armar

Quizá la apuesta fundamental que he intentado poner en evidencia a lo largo de esta monografía es que la dis/capacidad es un fenómeno plural y multidimensional, que existe y se hace manifiesto en tanto producto de las infinitas e imbricadas interrelaciones que mantienen dos ensamblajes particulares: el del dis/capacitamiento y el de la experiencia cotidiana. A lo largo del proyecto he argumentado que dichos ensambles, en su turno, co-construyen buena parte de las realidades posibles de unos ciertos sujetos, que resultan siendo dis/capacitados como consecuencia de la conjunción de los muchos sustratos, discursivamente cargados y materialmente estructurados, que informan a dichos ensamblajes.

Entre todos los sustratos de análisis posibles, este trabajo se concentró en dos—el biológico y el societal, en tanto devinieron como una pareja bastante ilustrativa de las dinámicas de coproducción-reproducción de la dis/capacidad que se expresan en la experiencia que determinadas subjetividades dis/capacitadas tienen de ciertos escenarios urbanos de Bogotá.

Sin embargo, el proyecto no se agotó con la simple enunciación de la existencia de tales ensambles o de aquellos dos sustratos exegéticos en esos contextos, sino que procuró desentrañarlos, abrir la caja negra que representaban y desandar el magunge que encerraban mostrando los qués, los cómo, los cuándo, los dónde, los por qué y los para qué de su existencia y de sus efectos concretos sobre el mundo.

Así las cosas, lo que me resta hacer aquí no es sino sintetizar los alcances y las limitaciones de mis hallazgos respecto a esa existencia y esos efectos. Una tarea que emprenderé en torno a cuatro ejes temáticos: el primero, exalta la importancia de entender a la vivencia de la dis/capacidad como

un acto político; el segundo, habla de la relación que guardan la experiencia y la experticia del mundo en la vida de los sujetos dis/capacitados a los que atañe el proyecto; el tercero, se ocupa de explorar los contrastes que existen entre el despliegue real de los ensamblajes de la dis/capacidad y lo que se plantea sobre ellos en algunas de las políticas recientes sobre accesibilidad, dis/capacidad y espacio público en Bogotá; y el último, defiende la necesidad de arrojarse a desmitificar la dis/capacidad y de empezar a pensar, construir, hacer y mantener políticas y realidades que le confieran protagonismo y le hagan justicia a la(s) perspectiva(s) dis/capacitada(s) del mundo que he buscado comprender transversalmente en la monografía.

Elogio a decirse dis/capacitado

Como el comienzo del final de este esfuerzo conclusivo quiero detenerme en algunas consideraciones sobre un asunto que esta monografía hace manifiesto: que los ensamblajes de la dis/capacidad bordean, atraviesan y transitan una enunciación de naturaleza política, que pone en tensión aquellas estructuras de poder que dis/capacitan a determinados sujetos. Algo que todas las historias, la mía inclusive, resumen en una frase que va más o menos así: “los dis/capacitados existimos en medio de un mundo que no ha sido, ni es, pensado para nosotros”.

En tanto Paula, Alejandra, Moisés y yo leemos esa cuestión desde cada una de nuestras orillas personales, no podría aseverarse que enunciamos los mismos significados cada vez que hacemos, por separado, esa declaración. Sin embargo, la fraternal concordia que esconde esa frase compartida sí da cuenta de algo importante: que una posición como la dis/capacitada —incluso siendo subalternizada o marginalizada— es también una posi-

ción desde la cual los dis/capacitados perciben, reciben, producen y reproducen una determinada serie de valores, saberes y prácticas que son significados en tanto producto de dicha posición.

La enunciación del *ser dis/capacitado* es una que se propone rescatar esa potencialidad, por cuanto decirse dis/capacitado es reconocer la raíz de las condiciones de existencia del dis/capacitamiento: hay *algo* que dis/capacita a los dis/capacitados. Y una de las propuestas de este trabajo es la de intentar entender, con precisión, qué es lo que compone a ese *algo*. Mi argumento principal, es que ese *algo* está compuesto por un conjunto de ensamblajes permanentemente calisténicos que crean y mantienen condiciones y posibilidades, tanto facilitadoras como obstaculizantes, frente a una subjetividad dis/capacitada cuya existencia está hondamente atravesada por un proceso constante de dis/capacitamiento.

Ese asunto, sin embargo, no apunta hacia la cómoda afirmación de que una existencia dis/capacitada se encuentra en inherente desventaja en el mundo debido a la mediación de esos ensambles. No. El proyecto se dirige más bien a rescatar las posibilidades únicas de esa existencia particular para significar, entender y hacer el mundo—sin juicios de valor ni mitificaciones de por medio.

Si bien asumirse como dis/capacitado implica leerse desde una enunciación que cuestiona, a partir de la experiencia vivida, las estructuras socioculturales modernas del patrón-normal, junto con las dinámicas de exclusión que ellas facilitan. También implica tener por cierto que la dis/capacidad nos permite apropiarnos de un lugar particular en el mundo, desde el que nos es posible generar capacidades-otras tanto para conocerlo y sortearlo, como para entenderlo.

Y entonces, aquí vale decirlo alto y fuerte: un lugar dis/capaz es tan válido y potente para hacer el mundo como puede serlo cualquier otro.

Encarnar la experiencia y rescatar la experticia

Ahora bien, uno de los efectos más interesantes que tienen los dos ensamblajes que he descrito es que hacen posible el ejercicio de caracterizar ciertas cosas con el remoquete ‘dis/capacitado’: una perspectiva dis/capacitada, una subjetividad dis/capacitada, una experiencia dis/capacitada y así sucesivamente. Y aunque este efecto, a primera vista, es uno llano y nominal —una palabra sobre otra y se acabó— es, en sí mismo, uno que apuntala la estructura del problema que abordo en este trabajo. Sobre todo porque la dinámica de ligar a lo dis/capaz con otros significantes cualesquiera, encierra también la acción concreta de *hacer existir* ese significante nuevo y particular. Nominar algo como dis/capaz, en ese sentido, es también establecer las condiciones de existencia de esa *cosa* que tiene en lo dis/capaz a una parte fundante de su carácter.

Así pues, el desafío que en últimas plantean esos significantes es el de que quien los usa pueda llenarlos de contenido: ¿qué es una experiencia dis/capacitada?; ¿qué implica una perspectiva dis/capacitada?; ¿cómo es una subjetividad dis/capacitada?, etcétera.

Eso, en parte, es lo que pretende ilustrar este trabajo.

Por ello, creo que los casos de Paula, Alejandra y Moisés pueden leerse como unos que, sin querer establecerse como casos-emblema o tipos ideales del asunto, ofrecen posibles respuestas a esas preguntas.

Siguiendo esa idea, puedo decir que las respuestas que yo encontré al escribir este trabajo me dejaron ver que: 1) las experiencias de ellos tres, tanto como la mía propia, son los lugares a través de los cuales, cada uno, hace para sí un mundo que le resulta funcional, propio, habitable y auténtico; 2) que las perspectivas que realizamos desde ese lugar, implican el hecho de que construimos y vemos el mundo de maneras particulares, específicas y

diferenciadas que, no obstante, comparten un cierto colegaje experiencial; y 3) que ese lugar y esas perspectivas nos conforman como sujetos –otros, hilados en torno a lo que la dis/capacidad nos deja (o no) hacer, pensar, sentir y percibir.

Ahora bien, el punto sobre el que importa detenerse aquí es que los dis/capacitados *hacemos* esa forma dis/capacitada de existir mientras ella también *nos hace*. Y que las maneras en las que conocemos, representamos y producimos el mundo, son inseparables de las maneras en las que vivimos en él (Jasanoff, 2004, p. 2).

AQUELLAS COSAS QUE NO ENSEÑAN EN LOS LIBROS

Lo que este trabajo me dejó ver a partir de esa idea, es que el sujeto dis/capacitado conjuga en su experiencia del mundo —y en este caso, de ciertos escenarios urbanos de Bogotá— a una suma de seres y estares (habitares, vivires, imaginarios, etc.) que son inherentemente distintos a los que conforman a las experiencias no dis/capacitadas. Y, más aún, que el proceso de enlace de esos seres y estares particulares en la experiencia dis/capacitada implica la generación, la obtención y/o el mantenimiento de ciertas destrezas, estrategias, condiciones, posibilidades, conocimientos, rutinas, recursos, saberes y técnicas que son exclusivas de su lugar de enunciación dis/capacitado.

A ese conjunto de *cosas* que conectan de manera práctica los sustratos abstractos de la experiencia dis/capacitada con los contextos en los que ella se despliega, lo denominé experticia dis/capacitada.

Tanto Moisés, como Paula, como Alejandra como yo mismo encarnamos nuestras experticias dis/capacitadas de distintas maneras, pero siempre lo hacemos apuntando a procesos de *adaptación* de nuestras experiencias dis/capacitadas frente al mundo. En tanto esta experticia es la que nos permite entender nuestros esquemas corporales y crear para nosotros tácticas

que nos sean útiles y adecuadas para vivir en la ciudad (parafraseado de Ferrante, 2013, p. 165).

Con todo, es menester rescatar que este saber no aparece solo como una estéril herramienta para transitar por el mundo, que se usa apenas cuando el dis/capacitado se enfrenta con un obstáculo; sino que es una cuestión transversal a su experiencia vital. De manera que esta experticia no se agota tras instar la generación de técnicas corporales, hábitos sensorio-motrices y actos tradicionales eficaces singulares (Ibíd. 2013, p. 169), sino que se renueva constantemente al implicar el ejercicio de construir, incorporar, incardinar y agenciar *en y para* el dis/capacitado aquellas capacidades únicas que este tiene (y que no tiene alguien no dis/capacitado) para leer y para hacer el mundo.

ESTA MANERA NO ES COMO LAS OTRAS, ES DIFERENTE DE TODAS LAS DEMÁS

Los deportes que practican los personajes de las historias que cuento, son actividades que ilustran muy bien este saber-otro al que se refiere la experticia dis/capacitada, en tanto saber empírico que solo puede aprenderse haciéndose y viviéndose.

El ejercicio deportivo, además, aparece como un marcador diferencial de estas experiencias particulares porque potencia la utilidad práctica de dichos saberes bajo la posibilidad de “ser más independiente”. Con el tiempo, el horizonte de la independencia va reforzando la adquisición de la experticia dis/capacitada hasta el punto en que, bajo la mediación del deporte, el hecho de aprender estos saberes específicos llega a tener efectos concretos, duraderos y profundos en las subjetividades que los encarnan.

Así pues, no lee del mismo modo un escenario urbano un dis/capacitado que es deportista, frente a uno que no lo es; porque el deporte (y la experticia distintiva que este facilita) les permite a los primeros significar estos

escenarios y relacionarse con ellos de una manera diferente —pero no por ello mejor o peor— a la que practican los segundos. De tal suerte que el ejercicio deportivo dis/capacitado aparece entonces como un lugar particular dentro de otro lugar particular, que tiende a habilitar y a hacer visible un abanico de múltiples modos de sentir, vivir y pensarse dis/capacitado (Ferrante, 2013, p. 161).

CLAVES SOBRE LOS SENTIDOS DIS/CAPACES DEL MUNDO

En la monografía, sin embargo, las particularidades de ser sujeto-deportista no terminan negando u opacando las particularidades propias de ser sujeto-dis/capacitado sino que, cuando menos, dialogan con ellas entendiéndolas como características que propician la construcción de sentidos dis/capaces del mundo.

En últimas porque lo que yo reconozco aquí, ante todo, es que andar, ver, moverse, oír, sentir y relacionarse con el mundo de una manera o de otra tiene —en definitiva— efectos sobre quien anda, ve, se mueve, oye, siente y se relaciona con el mundo así. En el caso de los dis/capacitados físico-motrices esto puede ilustrarse con respecto a un asunto particular: el hecho de que sus movilidades-otras los hacen ver obstáculos y barreras en donde otros solo ven un simple escalón o una escueta calzada a desnivel. La anterior —vale decir— es una evidencia ilustrativa apenas, porque la distinción de cómo ven y viven el mundo los dis/capacitados se extiende mucho más allá de las movilidades o de las materialidades concretas de los escenarios urbanos, y porque las interacciones que hacen palpables a esta suerte de experiencias-otras son el pan de cada día de un dis/capacitado, cualquiera sea su dis/capacidad.

Después de todo, como se dice en una de las historias de esta monografía, “las barreras están en todos sitios”.

Sin embargo, aquí hay que tratar con cuidado a la noción de *barrera* para lograr entenderla en toda su extensión: ya no solo como una cosa que *impide hacer algo* —pues ese no es el quid de su carácter como barrera—; sino más bien como una cosa que *obliga a hacer algo que no tendría por qué hacerse en otras condiciones*. En el marco de los casos que abarcó este trabajo, tal conceptualización sugiere que eso que es nombrado como una barrera condensa a aquella masa incontable de *cosas* (materialidades, temporalidades o personas inclusive) que obligan a los dis/capacitados a detenerse, a problematizar sus entornos, a pensar en cómo sortear una situación, a advertir el propio cuerpo, a incomodarse, a cambiar de rutina, a echar mano de su experticia particular, a estar más alerta, a moverse distinto, a notar el espacio por el que transitan... en fin.

Y ese es uno de los lugares en donde esta monografía pone una mirada filosa, porque es una lectura que, además, deja ver que el que un dis/capacitado tenga, haya aprendido o se haya hecho con alguna que otra técnica o estrategia para sortear una barrera cualquiera, no quiere decir que dicha barrera deje de estar ahí puesto que el obstáculo no desaparece solo porque uno puede negociar con él.

No obstante, el ejercicio de delimitar qué es un obstáculo y/o un facilitador en la realidad concreta de un escenario urbano es, en el mejor de los casos, una tarea titánica; porque aquello que es barrera para algunos puede no serlo para otros. Ese asunto resulta particularmente claro al revisar algunos ejemplos: quienes son ciegos ven barreras que quienes tienen síndrome de Down no sienten; quienes son sordos oyen otras que quienes tienen baja visión ni siquiera consideran. O incluso, para no ir demasiado lejos del abordaje de este proyecto, quienes ruedan en una silla por la ciudad —muy seguramente— se topan con barreras distintas a cuantas encuentra quien usa un bastón o un caminador para andar. Y así sucesivamente.

A pesar de eso, hay que rescatar que allá donde existe una barrera para un dis/capacitado existe también una clave exegética que deja ver cómo ese dis/capacitado lee, ve, piensa, oye, entiende, siente y se relaciona con la ciudad. Una clave que está íntimamente relacionada con las —anchamente diferenciadas y profundamente heterogéneas— condiciones y posibilidades de existencia que cada uno de ellos tiene. En resumen, una clave en torno a la cual se construyen constantemente sentidos y significados del mundo —de algún modo, propiamente dis/capaces— que es necesario rescatar.

La acuciante necesidad de aterrizar tantos mares de tinta

En 2005, se hizo en Colombia el censo general más reciente, sus resultados mostraron que un 6.3% de la población del país tenía para aquella época alguna limitación permanente, de entre las que prevalecían las limitaciones para moverse o caminar (DANE, 2005, pp. 1-2).

Desde entonces —y bajo la consideración de semejante porcentaje, por demás tendiente al alza— la institucionalidad colombiana se ha arrojado a hacer políticas particulares de atención a la población dis/capacitada que se han concentrado en dos ejes específicos: uno, la base jurídico-política de la convención de las Naciones Unidas sobre los derechos de las personas con discapacidad (CDPD), firmada en 2007 (ONU, 2011, p. 190) y ratificada en 2009 (Congreso de Colombia, 2009); y otro, la base teórico-conceptual de la Clasificación Internacional del Funcionamiento (CIF) promulgada por la Organización Mundial de la Salud (OMS & OPS, 2001). Esos dos derroteros han llevado a que en el país la dis/capacidad sea leída, ora institucional, ora jurídicamente como un fenómeno multidimensional que incluye aspectos biológicos, sociales y psicológicos.

DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS NACIONALES Y DISTRITALES SOBRE DISCAPACIDAD

Un año antes de aquel censo, se había ya promulgado una primera política pública nacional al respecto, que decía que la dis/capacidad era una cuestión que agrupaba “(al) conjunto de condiciones ambientales, físicas, biológicas, culturales, económicas y sociales, que pueden afectar el desempeño de una actividad individual, familiar o social en algún momento del ciclo vital” (CONPES, 2004, p. 3). Dicho entendimiento de la dis/capacidad tuvo una vida relativamente corta, porque esa normativa empezó a ser repensada tan pronto ocurrió el revolcón censal. Su revisión extensiva fue expedida casi una década después.

La nueva política sobre la cuestión se consignó con el rótulo adicional de la “inclusión social”, superó el lente del manejo social del riesgo que se adivinaba en su predecesora y empezó a hablar de la dis/capacidad desde el enfoque de derechos (CONPES, 2013, p. 6), que reposa sobre un modelo que propende por la autonomía, la independencia y la no discriminación de los dis/capacitados.

Alineada sobre esos mismos ejes, la política pública distrital del asunto habla de la dis/capacidad desde la orilla del desarrollo humano, asumiéndola como “un concepto complejo y multicausal (...) (que) se entiende como el resultado de una relación dinámica de la persona con los entornos políticos, sociales, económicos, ambientales y culturales donde encuentra limitaciones o barreras para su desempeño y participación en las actividades de la vida diaria” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2007, pp. 14-15).

DE LAS NORMATIVAS SOBRE ACCESIBILIDAD AL MEDIO FÍSICO EN EL PAÍS

Tanto previa como paralelamente a esos desarrollos el Instituto Colombiano de Normas Técnicas y Certificación (ICONTEC), desde 1996, ha venido construyendo una serie de lineamientos relativos al medio físico, con los que ha buscado caracterizar una serie de prácticas mínimas estándar para construir entornos físicos accesibles en el país:

<i>año de publicación</i> ¹¹	<i># de la norma</i>	<i>aplica para</i>	<i>se refiere a</i>
1998	4349	edificios	Ascensores
2005	4279	edificios espacios urbanos espacios rurales	Vías de circulación peatonales horizontales
2006	4774	espacios urbanos espacios rurales	Cruces peatonales a nivel, elevados o puentes peatonales y pasos subterráneos
2009	4143	edificios espacios urbanos	Rampas fijas adecuadas y básicas
2012	4140	edificios espacios urbanos espacios rurales	Pasillos y corredores. Características generales

¹¹ Los datos de esta columna se refieren a la fecha en la que fue publicada la última actualización de cada norma descrita.

2012	4145	edificios espacios urbanos espacios rurales	Escaleras
2013	4201	edificios espacios urbanos espacios rurales	Equipamientos, bordillos, pasamanos y agarraderas

Tabla #1: Serie de Normas Técnicas Colombianas (NTC) sobre ‘Accesibilidad de las personas al medio físico’ formuladas hasta mayo de 2017. Elaboración propia con información de ICONTEC (2017).

Estas normas técnicas plantean un marco de medidas y de patrones que deben seguirse para garantizar la accesibilidad de un espacio: cuántos milímetros de inclinación ha de tener una rampa, cuál es el rango de apertura y de cierre que ha de tener una puerta, cuál es el ancho mínimo que ha de tener un pasillo o un marco de ingreso a un sitio, cómo han de disponerse las barandas de apoyo, cuáles son las especificaciones puntuales de los vados peatonales y así sucesivamente.

Ahora bien, lo que importa decir de todo aquello es que, si bien estas políticas y normativas han configurado un marco amplio de mecanismos para la atención de necesidades particulares de los dis/capacitados—a partir de un aparataje de estrategias legales, burocráticas e institucionales que propenden por la integración, el goce pleno de los derechos y el establecimiento de condiciones de igualdad para esta población (Congreso de Colombia, 1997); su realización efectiva aún aparece más cercana al papel que a la realidad. Y el papel todo lo aguanta.

DE LAS POSIBILIDADES PARA DARLE ALTURA AL ASUNTO

Con todo, aquí hay que evitar perderse en puntos ciegos:

Sí, la presencia de esas normas ha demostrado ser importante y necesaria. Sí, estas mismas también han puesto el tema de la dis/capacidad en la

agenda política del país como un asunto urgente. Sí, la incidencia efectiva de ese marco ha sido considerable y sustancial por cuanto ha ganado espacios de voz y de voto en diversas instancias de decisión para los dis/capacitados. Sí, Sí y Sí.

En realidad, mi intención aquí no es la de negar esos síes, sino la de reconocer —tal y como las historias de esta monografía ponen en evidencia— que todavía hay un sinnúmero de noes por sortear y que, tanto en las políticas, como en la atención respetuosa y justa que estas dan a las experiencias cotidianas concretas que los dis/capacitados tienen de la ciudad, aún falta *muuuucho* camino por andar.

Lo que deja ver este trabajo al respecto, es que ese estado de cosas entre síes y noes responde a una asimetría fundamental: que el hecho de que en el país se produzcan y se sigan produciendo manuales de accesibilidad en el espacio público con ese marco como base (Coldeportes, 2009; IDU, 2005; MinVivienda, 2008); o que el conjunto de leyes, decretos, normas y políticas relativas a la dis/capacidad haya crecido considerablemente con el paso del tiempo (DNP & PNSC, 2014) son, en últimas, cosas que no bastan ni son suficientes si no se acercan efectivamente y se correspondan profundamente con las realidades concretas de la dis/capacidad y de los dis/capacitados a los que buscan referirse.

Poca altura tiene esa tan gruesa y completa normativa, toda vez que dis/capacitados como Paula, Moisés, Alejandra, Nicolás y otros tantos se encuentran con las materialidades concretas de los escenarios urbanos de Bogotá (por no decir del país) y ven que estos los dis/capacitan prácticamente *todo el tiempo*. Poca altura tiene un marco jurídico-burocrático amplio como el que he caracterizado antes, toda vez que la ejecución de las políticas que lo componen termina reproduciendo una praxis normali-

zante que escasamente trata los síntomas coyunturales del proceso dis/capacitante en la urbe, sin preocuparse por atacar las causas estructurales del mismo. Poca altura tiene la edición de manuales de accesibilidad por diestra y siniestra, toda vez el espacio público y los entornos construidos a los que aducen terminan siendo producidos al margen de los diseños y estrategias que en ellos se proponen. Poca altura tiene tanto arrume de folios, decretos y leyes sobre la cuestión, toda vez que su validación en la realidad no ocurre o lo hace —en el mejor de los casos— a medias.

Quizá como un deje irónico, lo que propone este trabajo al respecto es que, para darle altura a aquello que existe, no queda otra alternativa sino aterrizarlo.

En ese sentido, es extremadamente necesario hacer que la política hable *con* la realidad de la dis/capacidad antes que *sobre* ella. Que ponga en el centro de sus desarrollos a los mejores conocedores del asunto—los dis/capacitados, todos. Que esos mares de tinta sean, ante todo, producto de la participación y la apropiación de aquellos a quienes atañen.

Que las materialidades de los escenarios sean cada vez menos dis/capacitantes; que la ejecución de las políticas empiece a atender a las tantísimas dinámicas estructurantes de un proceso dis/capacitante como el que ocurre en los escenarios urbanos de Bogotá y del país; que la accesibilidad sea entendida como un derecho fundamental y no como un simple asunto de adaptabilidad del medio físico; que tanta ley al respecto sea revisada y aplicada de manera integral, coherente, respetuosa y justa; que el tema de la dis/capacidad empiece a ser propio, también, de sujetos no dis/capacitados; que la idea de lo que implica ser dis/capacitado —o, lo que es más, vivir una experiencia dis/capacitada del mundo— deje de parecer tan ajena; que la perspectiva, las necesidades y las demandas de los dis/capacitados reciban amplia respuesta en la realidad concreta.

Y sobre todo, que se haga posible gestar, desde todas las orillas, un mundo *con* los dis/capacitados, antes que *para* ellos.

La importancia de co-construir las rutas

Sobre las mismas líneas de antes, este trabajo también deja ver que el hecho de que existan políticas sobre el asunto de la dis/capacidad no es per se una garantía de que sus pretensiones se realicen, legitimen o validen en acciones concretas. Y si, entonces, la tarea es proponer maneras plausibles para realizarlas, legitimarlas y validarlas, este trabajo ofrece dos horizontes en torno a tal ejercicio: el primero, hacer y pensar políticas de este calibre que incluyan y den protagonismo a las perspectivas dis/capacitadas de la urbe; y el segundo, emprender procesos de intervención de los escenarios urbanos de la ciudad que tengan por raíces fundantes a la experticia y la experiencia que los dis/capacitados tienen de ellos.

Dos cosas que, en suma, propugnan el establecimiento de un modelo-otro para abordar, entender y asumir —tanto normativa como pragmáticamente— a la dis/capacidad. Un modelo cuyo centro circule siempre en torno a los sujetos a los cuales atañe.

PARA DAR ALGUNOS PASOS INICIALES

Respecto al primer horizonte, cabe rescatar una idea importantísima que camina por entre las líneas de todas las historias que se cuentan en este proyecto: para que una política pública sobre dis/capacidad resulte útil y aplicable, es cardinal que la participación de los dis/capacitados sea constante y transversal a todos los procesos de construcción, desarrollo y puesta en marcha de la misma (Ávila Rendón, et al., 2012, p. 471). A propósito, cabe destacar que el mismo concepto de política pública se refiere a una inicia-

tiva que pretende la utilidad común de resolver problemáticas y necesidades concretas, pues es allí que se condensa su carácter *público*, en el hecho de que aduce a consensos de interés colectivo (Ibíd. 2012, p. 463).

Ahora bien, aunque para dar carne a aquella *comunitariedad pública* que se intuye en una política de ese porte es necesario llenarla con un vivo interés por el diálogo con la ciudadanía, en aras de proveer estrategias aterrizadas para identificar, intervenir, articular, decidir, normativizar y actuar sobre situaciones concretas. Al final, la discusión sobre el tema no debe agotarse con la pregunta de si dicho diálogo, en efecto, existe o no. En donde importa detenerse es sobre la cuestión de si la participación que se construye en torno al mismo es realmente abierta, horizontal y eficaz.

En el caso de las políticas sobre dis/capacidad, sobre accesibilidad y sobre espacio público a las que este proyecto apunta, una participación con esas características solo podrá ocurrir cuando los manuales, las leyes y las normativas sobre esos temas superen la perspectiva burocrático-técnica del problema que representa el proceso capacitante/discapacitante, para moverse hacia una perspectiva dis/capacitada del mismo que —en tanto es hija de quienes conocen mejor el asunto— resulte más cercana y más eficiente frente a problemas reales.

Se entiende pues que, dada la mediación de un esfuerzo de ese calibre, emprendido con digna seriedad, se hará más sencillo el camino para pasar del discurso de dichas políticas a la praxis de acciones efectivas que logren traducir esas normativas participativas en soluciones participantes y puntuales.

PARA EMPEZAR A CORRER

En ese orden de ideas, el proceso de traducción de las normativas responde al segundo horizonte que propone este proyecto, en tanto no se trata solo de pretender formular un marco vinculante de políticas, sino también de

efectuar intervenciones participantes que las validen y las legitimen en la realidad.

De hecho, algo sobre lo que este proyecto pone un alto acento, es que resultaría miope procurar una transformación de las interacciones que sostienen e informan a los ensamblajes que aquí he descrito, solo desde una práctica afirmada en políticas *desde arriba*; sino que es necesario comprender dichas dinámicas desde los procesos experienciales que existen *dentro* de tales ensambles. Después de todo, dicho lo dicho, sería terriblemente insultante tratar de reducir al dis/capacitamiento, a la dis/capacidad y/o a los sujetos dis/capacitados a simples objetos de una política cualquiera.

Así, si lo que se busca es impactar sobre las dinámicas de un determinado escenario urbano —o de un entorno construido cualquiera— que juegan en el sentido del proceso dis/capacitante, el desafío será el de construir instrumentos que logren transformar a la experiencia, la experticia y la perspectiva dis/capacitadas de los mismos en insumos útiles para desarrollar estrategias que resulten funcionales a los procesos de intervención de dichos escenarios y entornos (cfr. Nijs & Heylighen, 2015, pp. 144-145).

Además de la alternativa periodística/literaria (de perfilación y cronificado) que aventuro en este trabajo, varias son las herramientas de traducción con las que, considero, puede perseguirse una intención como esa: evaluaciones compartidas de movimientos (Nijs & Heylighen, 2015); métodos móviles como etnografías itinerantes, inmersiones copresentes, diarios de tiempo-espacio y viajes imaginativos (Sheller & Urry, 2006, pp. 217-219); seguimientos tipo 'sombra' (Jirón, 2012), ejercicios auto-etnográficos narrativos (Sparkes, 2000) y hasta experimentos de elicitación fotográfica (Bigando, 2013) son algunas de las que resultan más sugerentes.

PARA SEGUIR HACIENDO CAMINO

Con todo, hay que recordar que lo que se propone en esta monografía es apenas un escaqueo sobre el problema que, por practicidad apenas, lo sitúa en un caso específico, que responde a unas características particulares. Pero cabe decir, quizá como un antojo para otras investigaciones y otros proyectos, que estos desarrollos se pueden nutrir de muchísimas otras intenciones: la de revisar si los ensamblajes se comportan igual en escenarios rurales es un ejemplo claro, pero también podría jugarse con detallar otros sustratos de los ensambles, o con detenerse sobre otras lógicas socioculturales que los apuntalan, o con abordar el asunto desde otras metodologías o aparatajes teóricos. Y así por los siglos de los siglos, amén.

El asunto es que esta monografía es un punto de partida, en el que se insinúa la posibilidad de empezar a emprender prospectivas, mucho más grandes y amplias que esta, para leer al dis/capacitamiento, a la dis/capacidad y a los dis/capacitados desde una óptica distinta y auténtica.

Al final, la apuesta que queda es la de animarse a caminar por este manguje... para dejarse sorprender por todo lo que falta descubrir de sus anchos, mágicos e interminables senderos.



colofón

algunos cachivaches para llevar

lista de anexos

Anexo #1: Tejido conceptual de trabajo.

Anexo #2: Tejido metodológico de trabajo.

Anexo #3: Guías de entrevista utilizadas.

Anexo #4: Consentimientos informados.

bibliografía y referencias

- Abrams, T. (2015). Heidegger, subjectivity, disability. *Subjectivity*, 8(3), 224–242.
- Alcaldía de Medellín. (2002). *Manual del espacio público (MEP)* (1ª ed.). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Alcaldía de Santiago de Cali, MECEP Santiago de Cali, & Sociedad Colombiana de Arquitectos. (2010). *Manual de diseño y construcción de los elementos constitutivos del espacio público* (2ª ed.). Santiago de Cali: MECEP Santiago de Cali.
- Alcaldía Mayor de Bogotá. Decreto 215: Plan maestro de espacio público para Bogotá (2005). Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Alcaldía Mayor de Bogotá. Política pública de discapacidad para el Distrito Capital 2007 - 2020 (2007). Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Álvarez Pedrosian, E., & Blanco Latierro, M. V. (2013). Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar. *Bifurcaciones*, (15).
- Anderson, J. (2003). “Turned into taxpayers”: Paraplegia, rehabilitation and sport at Stoke Mandeville, 1944-56. *Journal of Contemporary History*, 38(3), 461–475.
- Ávila Rendón, C. L., Gil Obando, L. M., López López, A., & Vélez Álvarez, C. (2012). Políticas públicas y discapacidad: participación y ejercicio de derechos. *Investigaciones Andina*, 14(24), 457–475.

- Bauman, Z. (1996). Modernidad y ambivalencia. En A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, & U. Beck (Eds.), *Las consecuencias perversas de la modernidad: Modernidad, contingencia y riesgo* (1ª ed., pp. 73–119). Barcelona: Anthropos.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: Su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1–22.
- Bigando, E. (2013). De l’usage de la “photo elicitation interview” pour appréhender les paysages du quotidien: Retour sur une méthode productrice d’une réflexivité habitante. *Cybergeog: European Journal of Geography*.
- Bonilla-Castro, E., & Rodríguez Sehk, P. (2005). *Más allá del dilema de los métodos. La investigación en ciencias sociales* (3ª ed.). Bogotá: Norma.
- Brandt Jr., E. N., & Pope, A. M. (Eds.). (1997). Models of disability and rehabilitation. En *Enabling America. Assessing the role of rehabilitation science and engineering* (1ª ed., pp. 62–80). Washington D.C.: National Academy Press.
- Brittain, I. (2016). The history and development of the Paralympic Games. En *The Paralympic games explained* (2ª ed., pp. 7–22). Londres/Nueva York: Routledge.
- Brown, S. E. (1996). *Disability Culture: A fact sheet*. Farsta.
- Büscher, M. (2013). Mobile methods. Recuperado 19 de septiembre de 2016, a partir de <http://en.forumviesmobiles.org/marks/mobile-methods-697>
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico* (1ª ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castro-Gómez, S. (2009). El dispositivo de movilidad. En *Tejidos oníricos: Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá, 1910-1930* (1ª ed., pp. 59–101). Bogotá: Instituto Pensar / Pontificia Universidad Javeriana.

- Clarke, P., Ailshire, J. A., Bader, M., Morenoff, J. D., & House, J. S. (2008). Mobility disability and the urban built environment. *American Journal of Epidemiology*, 168(5), 506–513.
- Congreso de Colombia. Ley 361: Mecanismos de integración social de las personas con limitación (1997). Bogotá: Congreso de Colombia.
- Congreso de Colombia. Ley 1346: Aprobación de la CDPD en Colombia (2009). Bogotá: Congreso de Colombia.
- Consejo Nacional de Política Económica y Social - CONPES. Política pública nacional de discapacidad, Pub. L. No. 80, 36 (2004). Colombia.
- Consejo Nacional de Política Económica y Social - CONPES. Política nacional de espacio público, Pub. L. No. 3718, 41 (2012). Colombia.
- Consejo Nacional de Política Económica y Social - CONPES. Política pública nacional de discapacidad e inclusión social, Pub. L. No. 166, 61 (2013). Colombia.
- Credencial Historia. (2005). Escarabajos de dos ruedas: Los velocipedistas. *Credencial Historia*, (181).
- Cresswell, T. (2006). The production of mobilities. En *On the move. Mobility in the modern western world* (1ª ed., pp. 1–24). Nueva York: Routledge.
- Cresswell, T. (2009). Place. *The Professional Geographer*, 58, 1–9.
- DANE. (2005). *Censo 2005. Boletín de resultados sobre limitaciones permanentes*. Bogotá.
- de Coubertin, P. (1935). The fundamentals of the philosophy of the Modern Olympics. En *60th anniversary of the Games of the 1st Olympiad* (pp. 52–54). Lausana: International Olympic Comitee - IOC.

- Delgado, M. (2007). Introducción. De la ciudad concebida a la ciudad practicada. En *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles* (pp. 11–23). Barcelona: Anagrama.
- Departamento Nacional de Planeación - DNP, & Programa Nacional de Servicio al Ciudadano - PNSC. (2014). *Normativa para accesibilidad*. Bogotá.
- Dirección Técnica de Espacio Público - DTEP. (2015). *Normativas urbanísticas a nivel nacional y distrital relacionadas con el espacio público*. Bogotá.
- Emirbayer, M., & Mische, A. (1998). What is agency? *The American Journal of Sociology*, 103(4), 962–1023.
- Ferrante, C. (2013). Cuerpo, deporte y discapacidad motriz en la Ciudad de Buenos Aires. Tensiones entre la reproducción y el cuestionamiento a la dominación. *Revista Española de Discapacidad*, 1(1), 159–178.
- Foucault, M. (2001). Una conciencia política. En *El nacimiento de la clínica: Una arqueología de la mirada médica* (20ª ed., pp. 42–62). Ciudad de México: Siglo XXI.
- Giesen, B. (2011). Inbetweenness and ambivalence. En J. C. Alexander, R. Jacobs, & P. Smith (Eds.), *The Oxford handbook of cultural sociology* (1ª ed., pp. 788–804). Nueva York: Oxford University Press.
- Gómez Acosta, C. A., & Cuervo Echeverri, C. (2007). *Conceptualización de discapacidad: Reflexiones para Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Guzmán Castillo, F. (2012). El binomio discapacidad-enfermedad: un análisis crítico. *Revista Internacional de Humanidades Médicas*, 1(1), 61–71.
- Heckman, D. (2002). "Gotta catch "em all": Capitalism, the war machine, and the Pokémon trainer". *rhizomes*, (5).
- Heidegger, M. (1951). Construir, habitar, pensar (p. 8). Darmstadt.

- Imrie, R. (2000). Disability and discourses of mobility and movement. *Environment and Planning A*, 32(9), 1641–1656.
- Instituto Colombiano de Normas Técnicas y Certificación – ICONTEC. (2017). Servicio de información sectorizada. Recuperado a partir de http://e-normas.icontec.org/icontec_enormas_mobile/
- Instituto Colombiano del Deporte - Coldeportes. (2009). *Guía de diseño accesible y universal* (1ª ed.). Bogotá: Instituto Colombiano del Deporte - Coldeportes / Comité Paralímpico Colombiano - CPC.
- Instituto de Desarrollo Urbano - IDU. (2005). *Guía práctica de la movilidad peatonal urbana. Una cartilla para todos los peatones*. (S. A. Cristancho Varela, Ed.) (1ª ed.). Bogotá: Instituto de Desarrollo Urbano - IDU.
- International Olympic Committee - IOC. (2015). *Olympic Charter*. Lausana: International Olympic Committee - IOC.
- Jasanoff, S. (Ed.). (2004). *States of knowledge. The co-production of science and social order* (1ª ed.). Londres: Routledge.
- Jirón, P. (2012). Transformándome en la “Sombra”. *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, 10.
- Jirón, P., & Iturra, L. (2011). Momentos móviles. Los lugares móviles y la nueva construcción del espacio público. *Arquitecturas del Sur*, (39), 44–57.
- Jirón, P., Lange V., C., & Bertrand S., M. (2010). Exclusión y desigualdad espacial. Retrato desde la movilidad cotidiana. *Revista INVI*, 25(68), 15–57.
- Jovchelovitch, S., & Bauer, M. W. (2000). *Narrative interviewing*. Londres.
- Kipen, E., & Vallejos, I. (2009). La producción de “discapacidad” en clave de ideología. En A. Rosato & M. A. Angelino (Eds.), *Discapacidad e ideología de la normalidad: Desnaturalizar el déficit* (pp. 155–176). Buenos Aires: Noveduc.

- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (1ª ed.). Buenos Aires: Manantial.
- Lee, A. (2013). *Mobile technology, co-production and society. The curious case of convergent mobile technology*. Hobart.
- Masala, C., & Petretto, D. R. (2008). From disablement to enablement: Conceptual models of disability in the 20th century. *Disability and rehabilitation*, 30(17), 1233-1244.
- Massey, D. (2001). General introduction. En *Space, place and gender* (3ª ed., pp. 1-16). Minnesota: University of Minnesota Press.
- McRae, D. (2016, septiembre 5). Paralympic powerlifter Ali Jawad: "When I was born the doctor wanted to kill me". *The Guardian*. Londres.
- Menayo, D. (2016, agosto 5). Una campeona paralímpica pedirá la eutanasia tras competir en Río. *Marca*. Madrid.
- Meyer, P. (2001). Journalism and the scientific tradition. En *The new precision journalism* (3ª ed., pp. 3-22). Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Ministerio de Ambiente Vivienda y Desarrollo Territorial - MinVivienda. (2008). *Guía metodológica de accesibilidad al espacio público y a edificaciones abiertas y de uso público*. Bogotá.
- Moreno Murrieta, R. L. (2015). Los imaginarios de la movilidad en Ciudad Juárez: El caso de la discapacidad física. *Contexto. Revista de la Facultad de Arquitectura Universidad Autónoma de Nuevo León*, 9(10), 69-86.
- Muñoz, D. (2013). Experiencias de viaje en Transantiago. La construcción cotidiana de un imaginario urbano hostil. *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, (15).
- Nagi, S. Z. (1965). Models of disability. En M. B. Sussman (Ed.), *Some conceptual issues in disability and rehabilitation* (1ª ed., pp. 100-113). Washington D.C.: American Sociological Association.

- Nijs, G., & Heylighen, A. (2015). Turning disability experience into expertise in assessing building accessibility: A contribution to articulating disability epistemology. *Alter*, 9(2), 144-156.
- Organización de Naciones Unidas - ONU. (2011). *Treaty series (volumen 2515)* (1ª ed.). Nueva York: Organización de las Naciones Unidas.
- Organización Mundial de la Salud - OMS, & Organización Panamericana de la Salud - OPS. (2001). *Clasificación internacional del funcionamiento, de la discapacidad y la salud (CIF)* (1ª ed.). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales / Instituto de Migraciones y Servicios Sociales - IMSERSO.
- Patterson, K., & Hughes, B. (1999). Disability studies and phenomenology: The carnal politics of everyday life. *Disability & Society*, 14(5), 597-610.
- Reid, H. (2016). Athletes as heroes and role models: an ancient model. *Sport, Ethics and Philosophy*, 1321(diciembre), 1-12.
- Rojas Campos, S. M. (2015). Discapacidad en clave decolonial. Una mirada de la diferencia. *Realis*, 5(1), 175-202.
- Rosato, A., Angelino, M. A., Almeida, M. E., Angelino, C., Kipen, E., Sánchez, C., ... Priolo, M. (2009). El papel de la ideología de la normalidad en la producción de discapacidad. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 20(39), 87-105.
- Rubio Hancock, J. (2015, septiembre 5). El nadador paralímpico que nos enseña a reírnos de nosotros mismos. *verne | El País*. Madrid.
- Salazar Arenas, Ó. I. (2009). El paseo de olla. Etnografía mínima de una práctica social en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera. *Antípoda*, (8), 35-59.
- Salazar Arenas, Ó. I. (2013). De liebres, tortugas y otros engendros: Movilidades urbanas y experiencias del espacio público en la Bogotá contemporánea. *Revista Colombiana de Antropología*, 49(2), 15-40.

- Salazar Arenas, Ó. I. (2016). Fervor y marginalidad de las ciclomovilidades en Colombia (1950-1970). *Revista Colombiana de Sociología*, 39(2), 49-67.
- Sánchez Juárez, A. (2016, junio 23). Gema Hassen-Bey: “Hay mucho tabú respecto al sexo y la silla de ruedas”. *VANITATIS | El Confidencial*. Madrid.
- Schantz, O. J., & Gilbert, K. (2012). The Paralympic Movement: Empowerment or disempowerment for people with disabilities? En H. Jefferson Lenskyj & S. Wagg (Eds.), *The Palgrave handbook of Olympic studies* (1ª ed., pp. 358-380). Hampshire/Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Seamon, D. (2000). Phenomenology, place, environment, and architecture: A review. *Environmental & Architectural Phenomenology*.
- Sheller, M., & Urry, J. (2003). *Mobile transformations of “public” and “private” life*. Philadelphia.
- Sheller, M., & Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning A*, 38(2), 207-226.
- Silva, C. F., & Howe, P. D. (2012). The (in)validity of “supercrip” representation of Paralympian Athletes. *Journal of Sport & Social Issues*, 36(2), 174-194.
- Silva Guzmán, M. (2017, marzo). Carlos Serrano, el enorme triunfo de un pequeño. *Revista Bocas*.
- Simmel, G. (1950). The stranger. En *The sociology of Georg Simmel* (1ª ed., pp. 402-408). Nueva York: Free Press.
- Skeggs, B. (2013). Mobility, individualism and identity. En *Class, self, culture* (2ª ed., pp. 45-61). Londres: Routledge.
- Smelser, N. J. (1998). The rational and the ambivalent in the social sciences. 1997 presidential address. *American Sociological Review*, 63(1), 1-16.

- Sparkes, A. C. (2000). Autoethnography and narratives of self: Reflections on criteria in action. *Sociology of Sport Journal*, 17, 21–43.
- Strazzoni, A. (2015). Subjectivity and individuality: Two strands in early modern philosophy: Introduction. *Society and Politics*, 9(1), 5–9.
- Sullivan, P. R. (2015). This is my skin - TiMS Project. Recuperado 29 de septiembre de 2016, a partir de <https://www.facebook.com/This-Is-My-Skin-1525150554418514/>
- Torres Rodríguez, N. (2016a). *Breve memorial de consideraciones sobre los vericuetos de la dis/capacidad*. Bogotá.
- Torres Rodríguez, N. (2016b). *Crónica de una ciudad dis/capacitante. Retrato de los movimientos urbanos cotidianos de una usuaria de silla de ruedas por Bogotá*. Bogotá.
- Torres Rodríguez, N. (2016c). *Dice el diccionario... Hacia una definición del término “dis/capacidad”*. Bogotá.
- Wright, S. (2004). La politización de la cultura. En M. F. Boivin, A. Rosato, & V. Arribas (Eds.), *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural* (3ª ed., pp. 128–141). Buenos Aires: Antropofagia.

